

Portavoz de la Gracia

NÚMERO 55

EL AMOR DEL ESPOSO

*“Maridos, amad a vuestras mujeres,
así como Cristo amó a la Iglesia”.*

Efesios 5:25

Nuestro propósito

*“Humillar el orgullo del hombre, exaltar la gracia
de Dios en la salvación y promover santidad
verdadera en el corazón y la vida”.*

Portavoz de la Gracia

55

El amor del esposo

Contenido

Carta pastoral	1
Empezó en un huerto	4
<i>Matthew Henry (1662-1714)</i>	
Un amor como el de Cristo	8
<i>David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)</i>	
Las responsabilidades del amor	13
<i>Ezekiel Hopkins (1634-1690)</i>	
Como Cristo amó a la Iglesia.....	19
<i>John Angell James (1785-1859)</i>	
Amar a tu esposa como a ti mismo	26
<i>David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)</i>	
La fuerza del amor	33
<i>Benjamin M. Palmer (1818-1902)</i>	
Como a sus mismos cuerpos	40
<i>John Angell James (1785-1859)</i>	
El ejemplo del Maestro	44
<i>Charles H. Spurgeon (1834-1892)</i>	
La oración de un esposo.....	50
<i>George Swinnock (1627-1673)</i>	

Publicado por Chapel Library
*Enviando por todo el mundo materiales centrados
en Cristo de siglos pasados*

© Copyright 2026 Chapel Library, Pensacola, Florida, USA.

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo. In **Norteamérica:** Por favor escriba solicitando una suscripción gratis. *Portavoz de la Gracia* se publica dos veces al año. Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica. No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

En los Estados Unidos y en Canadá para recibir ejemplares adicionales de este folleto u otros materiales cristocéntricos, por favor póngase en contacto con

CHAPEL LIBRARY
2603 West Wright Street
Pensacola, Florida 32505 USA
chapel@mountzion.org • www.chapellibrary.org

En otros países, por favor contacte a uno de nuestros distribuidores internacionales listado en nuestro sitio de Internet, o baje nuestro material desde cualquier parte del mundo sin cargo alguno.

www.chapellibrary.org

CARTA PASTORAL

Queridos hermanos,

Comencemos con una pregunta sencilla: ¿Por qué Dios ordena a los esposos que amen a sus esposas? Seamos honestos. ¿Alguna vez has pensado acerca de esto? Dios ordena a los esposos que amen a sus esposas. ¿No es desconcertante, tal vez incluso extraño, que el Dios que es amor —el soberano Señor del cielo y de la tierra, quien hizo a los hombres y a las mujeres a su imagen— deba ordenar a los hombres algo que debería ser natural para ellos? ¿Acaso la gente no se “enamora” todo el tiempo? ¿Acaso un hombre no se casa con una mujer porque la ama? Aunque escuchemos estas cosas, Dios ordena a los esposos que amen a sus esposas —el texto sagrado es claro e inmutable—.

Imagina esto: Un esposo toma a su esposa en sus brazos, la mira profundamente a los ojos y le dice con ternura: “Cariño, te amo porque Dios me lo ordena”. “¿Qué?”. “Sí, Él me lo requiere; Él demanda esto de mí”. “¿Tienes que amarme?”. “Sí, y estoy haciendo todo lo posible para cumplir con mi deber hacia Dios y hacia ti”. Deber —¿te suena romántica esa palabra? ¿Alguna mujer, en algún lugar, se entusiasma románticamente ante la idea de que un hombre la ame porque Dios lo ordena y lo espera?—. Digámoslo de otra manera: ¿Alguien que esté leyendo esto piensa normalmente en el amor como una respuesta a una orden? Probablemente no.

¿Por qué entonces, Dios ordena a los esposos que amen a sus esposas? Porque, tras la caída de Adán, los hombres son pecadores amadores de sí mismos. Son incapaces de amar bíblicamente. Aman sus deportes, su comida, sus autos, sus trabajos, su dinero, sus títulos, su estatus y a sus esposas —si sus esposas se ajustan, fácilmente, en ese grupo—. Pueden tener profundos sentimientos de afecto, pero muchos hombres confunden el amor con la lujuria, de tal manera que pocos pueden identificar la naturaleza del amor verdadero y distinguirlo de sus instintos carnales. Tanto la evidencia bíblica como la histórica, lo describen con precisión: La mayoría de los hombres son autoindulgentes, centrados en sí mismos, adoradores de sí mismos, postrados a los pies de los ídolos de la lujuria, la riqueza y el poder. Terriblemente poseídos por un corazón engañoso más que todas las cosas, se enfocan en su propio bienestar; sus cerebros son lavados en las escuelas públicas, inculcándoles auto-estima; reciben de Hollywood su educación sobre las mujeres; se les deforma y pervierte en una cultura dominada por la pornografía; se les catequiza para la fornicación y la rebelión con música del infierno; y se les ordena postrarse ante la diosa del feminismo. Demasiados hombres —es difícil llamarlos hombres— son impotentes e incapaces de amar como Dios ama y esto incluye, trágicamente, a

muchos que profesan ser cristianos. Por lo tanto, el Espíritu Santo les señala a Cristo Jesús y su amor abnegado por su Novia, la Iglesia —la mayor expresión del amor supremo de Dios—.

Así que, por amor a Cristo y por un ardiente deseo de ayudar a los hombres a entender sus roles ordenados por Dios como esposos, ofrecemos este número del *Portavoz de la Gracia*: El amor del esposo. Matthew Henry prepara el escenario para el resto de los artículos con sus comentarios sobre Génesis 2 —la responsabilidad del hombre de amar a su esposa comenzó en el huerto del Edén—. David Martyn Lloyd-Jones nos describe entonces, un amor semejante al de Cristo, dado que el Señor Jesús es el modelo del cual los esposos deben aprender cómo amar. ¿Cuáles son las responsabilidades de un amor así? Ezekiel Hopkins nos da una visión general. John Angell James nos ofrece un estudio detallado de cómo Cristo amó a su Iglesia. En un segundo artículo, Lloyd-Jones explica, cuidadosa y bíblicamente, cómo los hombres pueden amar a sus esposas como se aman a sí mismos. En un artículo intenso y profundamente desafiante, Benjamin Palmer nos ofrece una perspectiva de la aspereza en el amor, el abuso de autoridad y el efecto que estos tienen en el corazón de una mujer. Este artículo puede ser de difícil lectura para algunos, pero vale la pena leerlo repetidamente y en oración. Los hombres saben bien cómo amarse a sí mismos y John Angell James los exhorta a aplicar lo mismo a sus esposas. ¿Y quién mejor que Charles Spurgeon, puede tomar el ejemplo de oro de Cristo amando a su Iglesia y llevarlo al corazón del esposo? Él lo hace con gran poder, claridad y entusiasmo. Finalmente, con un corazón ardiendo de pasión puritana, George Swinnock ofrece la oración de un esposo por la gracia de amar como Cristo y por el bienestar espiritual de su querida esposa. Estos artículos recompensarán, ricamente, a quienes los apliquen en oración.

Pastores, ustedes tienen hombres bajo su cuidado que son extraños a las verdades de la masculinidad y el amor de Cristo. ¿Les están ayudando a amar, obedecer y vivir bajo el mandato de Cristo? Padres y abuelos, ¿están instruyendo a sus hijos y nietos para que sean esposos que amen como Cristo? Hoy tenemos varias generaciones de hombres que han sido castrados por la cultura popular, esclavizados por la inmadurez extrema y corrompidos por la confusión sexual. Nuestras familias, nuestras iglesias, nuestra cultura, necesitan desesperadamente, el amor de un esposo.

Así, concluyamos con la reflexiva observación de Thomas Manton: “Mientras se mantiene el amor, todas las cosas marchan dulcemente; pero tan pronto como el amor falla, todo se desordena y desarticula porque, cuando empiezan a perder el afecto el uno por el otro, todos los deberes

matrimoniales son apuñalados en el corazón. Por lo tanto, deben tener cuidado de no despreciarse, ni indisponerse, ni cansarse el uno del otro porque, si algo de esto prevalece, pronto fallarán en otros deberes. De ahí vienen los odios, las riñas, las peleas interminables, los divorcios y otros inconvenientes que hacen sus vidas una carga y sus familias miserables”.

¡Cómo necesitamos esposos con un amor como el de Cristo!

En la gracia de Cristo Jesús,

A handwritten signature in black ink that reads "Jeff Pollard". The signature is written in a cursive, slightly slanted style.

Jeff Pollard

EMPEZÓ EN UN HUERTO

Matthew Henry (1662-1714)

“Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras este dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; esta será llamada Varona, porque del varón fue tomada. Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne” (Génesis 2:21-24).

AQUÍ tenemos la creación de la mujer para que fuera una ayuda idónea¹ para Adán. Esto fue hecho en el sexto día como también, el establecimiento de Adán en el paraíso, aunque aquí es mencionado después de la narración del descanso del séptimo día; pero lo que fue dicho en general (Gn. 1:27), que Dios hizo al hombre varón y hembra, es relatado aquí, con más claridad.

Observemos, (1) que Adán fue formado primero, después Eva (1 Ti. 2:13); y ella fue hecha *del* hombre y *para* el hombre (1 Co. 11:8-9), todo lo cual, es presentado allí como razones para la humildad, modestia, silencio y sumisión de este sexo en general, y, particularmente, la [sumisión] y reverencia² que las esposas deben a sus propios esposos. Sin embargo, siendo el hombre hecho el último de las criaturas, como el mejor y más excelente de todos, el hecho de que Eva fuera hecha *después* de Adán y a *partir* de él, le da un honor a ese sexo como la gloria del varón (1 Co. 11:7). Si el hombre es la cabeza, ella es la corona —una corona para su esposo— la corona de la creación visible. El hombre era polvo refinado, pero la mujer era polvo doblemente refinado, un poco más alejado de la tierra.

(2) Que Adán durmió mientras su esposa era hecha [para] que no quedara lugar a la idea de que, en esto, él había dirigido al Espíritu del Señor o [que había sido] su consejero (Is. 40:13). Se le había hecho consciente de su necesidad de una ayuda idónea; pero, habiéndose comprometido

¹ **Ayuda idónea** – La frase hebrea traducida al español como *ayuda idónea para él* significa, literalmente, “como opuesto a él”, es decir, “una ayuda a su altura o adecuada para él”. “Parece expresar la noción de complementariedad más que de identidad. Como observa Delitzsch (1:140), si se quisiera hablar de identidad, la frase más natural sería ‘como él’... La ayuda que se busca, no es sólo la asistencia en su trabajo diario o en la procreación de los hijos, aunque estos aspectos pueden estar incluidos, sino el apoyo mutuo que proporciona el compañerismo” (Gordon J. Wenham, *Genesis*, vol. 1, 68). La relación entre esposo y esposa, entonces, debería ser de rey y reina, no de amo y esclavo.

Nota del editor – En el resto de este artículo, *idónea* sustituye a *adecuada*.

² **Reverencia** – Profundo respeto.

Dios a proporcionarle una, no se aflige con ninguna preocupación al respecto, sino que se acuesta y duerme dulcemente como quien ha depositado toda su preocupación en Dios con una alegre renuncia de sí mismo y de todos sus asuntos, a la voluntad y sabiduría de su Hacedor. Jehová-jireh³, que el Señor provea cuando y a quien Él quiera. Si descansamos en la gracia Dios, Dios, en su gracia, obrará por nosotros y obrará todo para bien.

(3) Que Dios hizo caer un sueño sobre Adán y lo convirtió en un sueño profundo para que la apertura de su costado no le causara ningún dolor. Mientras no conociera el pecado, Dios cuidaría [de] que no sintiera dolor. Cuando Dios, por su providencia, hace eso con su pueblo, Él no sólo procura su felicidad en el asunto, sino que, por su gracia, puede calmar y componer sus espíritus, de tal manera que los haga sentir tranquilos bajo las operaciones más agudas en aquello que es doloroso para la carne y la sangre.

(4) Que la mujer fue hecha de una costilla del costado de Adán, no fue hecha de su cabeza para gobernarlo, ni de sus pies para ser pisoteada por él, sino de su costado para ser igual a él, bajo su brazo para ser protegida y cerca de su corazón para ser amada. Adán perdió una costilla sin ninguna disminución de su fuerza ni su hermosura⁴ (pues, sin duda, la carne fue cerrada sin dejar cicatriz). Pero en lugar de ella, tuvo una ayuda idónea para él que compensó, abundantemente, su pérdida: Lo que Dios quita a su pueblo, de una manera u otra, lo restaurará con ventaja. En esto (como en muchas otras cosas), Adán fue una figura de Aquel que había de venir porque del costado de Cristo, el segundo Adán, su esposa, la Iglesia, fue formada cuando Él durmió el sueño, el profundo sueño de la muerte en la cruz para lo cual, su costado fue abierto y de allí salió sangre y agua —sangre para comprar su Iglesia y agua para purificarla para Sí mismo (Ef. 5:25-26)—.

El matrimonio⁵ de la mujer con Adán: El matrimonio es honorable, pero éste fue, sin duda, el matrimonio más honorable que jamás haya existido [porque], Dios mismo, tuvo siempre su mano involucrada directamente [en él]. Los matrimonios, dicen, son hechos en el cielo: Estamos seguros de que éste lo fue porque el hombre, la mujer, la pareja, fueron todos obra de Dios. Él, por su poder, los hizo a *ambos* y ahora, por su

³ **Jehová-jireh** – “El Señor ve” o “el Señor proveerá”; éste es el nombre que Abraham dio al lugar en el monte Moriah, donde Dios sustituyó un carnero como sacrificio, en lugar de Isaac, el hijo de Abraham (Gn. 22:14).

⁴ **Hermosura** – Aquí, lo que es apropiado o adecuado en forma o manera. Implica simetría o debida proporción de las partes y, en cuanto a los modales, decoro y rectitud (*Ver* Is. 53:2).

⁵ Ver Portavoz de la Gracia N° 12: *Matrimonio*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

ordenanza, los hizo *uno*. Éste fue un matrimonio hecho en perfecta inocencia y nunca más lo ha sido ningún matrimonio desde entonces.

(1) Dios, como *su* Padre, trajo la mujer al hombre como su segundo yo y como una ayuda idónea para él. Cuando la creó, no la dejó a su propia disposición; no, ella era su hija y no debía casarse sin su consentimiento. Aquellos que, por fe, oración y una humilde dependencia de la Providencia, se ponen bajo una conducta⁶ divina, es más probable que establezcan un buen matrimonio. La esposa hecha por Dios mediante una gracia especial y traída por Dios mediante una providencia especial, es probable que resulte una ayuda idónea para un hombre.

(2) De Dios, como *su* Padre, Adán la recibió: “Esto es ahora hueso de mis huesos. Ahora tengo lo que deseaba y que ninguna de todas las criaturas pudo proporcionarme —una ayuda idónea para mí—”. Los dones de Dios para nosotros, han de recibirse con un humilde y agradecido reconocimiento de su sabiduría al adecuarlos a nosotros y por su favor al concedérnoslos. Fue, probablemente, revelado a Adán en una visión mientras dormía, que esta hermosa criatura, presentada ahora a él, era una parte de él mismo, y que iba a ser su compañera y la esposa de su pacto... Además, en señal de que la aceptaba, le dio un nombre, no propio de ella, sino común a su sexo: “*Será llamada Varona*” —*’ishshah*⁷— diferenciándose del hombre sólo en el sexo, no en la naturaleza [humana], hecha del hombre y unida al hombre.

La institución de la ordenanza del matrimonio y el establecimiento de su ley: El sabbat⁸ y el matrimonio fueron dos ordenanzas instituidas en la inocencia, la primera para la preservación de la Iglesia, la segunda para la preservación de la humanidad en el mundo. Parece que Dios mismo dijo aquí: “Por esto el hombre dejará padre y madre, y se unirá a su mujer” (Mt. 19:4-5); pero no se sabe con certeza si lo dijo por medio de Moisés, el escritor, o por medio de Adán (quien habló, 2:23). Parece que son las palabras de Adán, en nombre de Dios, estableciendo esta ley para toda su posteridad.

(1) Observa aquí, cuán grande es la virtud de una ordenanza divina: Sus vínculos son más fuertes, incluso que los de la naturaleza. ¿A quién podemos estar más firmemente vinculados que a los padres que nos engendraron y a las madres que nos dieron a luz? Sin embargo, el hijo debe

⁶ **Conducta** – Orientación, guianza.

⁷ **’ishshah** – La palabra hebrea más común para *mujer* y *esposa* en el Antiguo Testamento [Génesis] 2:23 es “de importancia fundamental porque, por un lado, aquí se usa *’ish* (hombre) por primera vez en esta narración y, por otro lado, *’ishshah* (mujer) se explica, es más, se puede decir que aquí se define que... él es *’ish* y ella es *’ishshah*” (Botterweck y Ringgren, Diccionario teológico del Antiguo Testamento [Theological Dictionary of the Old Testament], 226).

⁸ Ver Portavoz de la Gracia N° 21: *El Día del Señor*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

dejarlos para unirse a su esposa, y la hija, olvidarlos para unirse a su esposo (Sal. 45:10-11).

(2) Observa cuán necesario es que los hijos tengan consigo el consentimiento de sus padres en su matrimonio y cuán injustos son con sus padres, así como los infieles, quienes se casan sin él. Pues les roban su derecho e interés sobre ellos y los ceden a otro de manera fraudulenta y antinatural.

(3) Observa cuanta necesidad hay, tanto de prudencia⁹ como de oración, en la elección de esta relación, la cual es tan cercana y tan duradera. Hay que hacer bien lo que se ha de hacer para toda la vida.

(4) Observa cuán firme es el vínculo del matrimonio: [Éste] no debe dividirse ni debilitarse por el hecho de tener muchas mujeres (Mal. 2:15)¹⁰, ni romperse ni cortarse por el divorcio bajo ninguna causa que no sea la fornicación o el abandono voluntario¹¹.

(5) Observa cuán entrañable debe ser el afecto entre esposo y esposa, tal como el que existe hacia nuestros propios cuerpos (Ef. 5:28). Estos dos son una sola carne; sean, pues, una sola alma.

Tomado de Comentario de Matthew Henry sobre toda la Biblia (*Matthew Henry's Commentary on the Whole Bible*), de dominio público.

Matthew Henry (1662-1714): Predicador, autor y comentarista presbiteriano; nacido en Broad Oak, Flintshire, Gales, Reino Unido.



Este afecto de amor es, en sí mismo, un deber distintivo que pertenece, especialmente, al esposo y también, una condición común que debe unirse a todos los demás deberes del esposo para sazonzarlos y endulzarlos. Su mirada, su habla, su conducta y todas sus acciones, en lo que tiene que ver con su esposa, deben estar sazonzadas con amor. El amor debe manifestarse en sus mandatos, en sus reprensiones, en sus instrucciones, en sus amonestaciones¹², en su autoridad, en su familiaridad¹³ —cuando están solos, cuando están en compañía delante de otros, en asuntos civiles, en asuntos religiosos, en todo momento, en todas las cosas—. Así como la sal debe ser la primera y la última en la mesa y comerse con cada bocado de comida, así también, el amor debe ser el primero en el corazón del esposo y lo último que salga de él, y debe mezclarse con todo lo que tiene que ver con su esposa. —*William Gouge*

⁹ **Prudencia** – Sabiduría combinada con cautela.

¹⁰ **Nota del editor** – No se refiere a una autorización para tener varias mujeres (Ver la base bíblica en Mal. 2:14-16).

¹¹ **Nota del editor** – Entendemos que no todos nuestros lectores estarán de acuerdo con la visión del autor sobre las razones del divorcio.

¹² **Amonestaciones** – Consejos de precaución o advertencias.

¹³ **Familiaridad** – Cualidad propia del cabeza de familia.

UN AMOR COMO EL DE CRISTO

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Efesios 5:25).

NINGÚN esposo tiene derecho a decir que es la cabeza de la esposa, a menos que ame a su esposa. No está cumpliendo el requerimiento¹ escritural, a menos que la ame. Estas cosas van juntas. En otras palabras, es una manifestación del Espíritu y el Espíritu Santo no sólo da poder, sino que también da amor y disciplina. Así que, cuando el esposo ejerce su privilegio como cabeza de la esposa y cabeza de la familia, lo hace de esta manera. Debe ser controlado siempre por el amor y debe ser controlado por la disciplina. Debe disciplinarse a sí mismo. Puede existir la tendencia a imponer, pero no debe hacerlo —poder, amor, dominio propio (2 Ti. 1:7), todo eso está implícito aquí, en esta gran palabra *amor*.

Así pues, el reinado del esposo ha de ser un reinado y un gobierno de amor; es un liderazgo de amor. No es la idea de un papa o de un dictador; no es un caso de *ipse dixit*²; él no habla *ex cathedra*³. No, es el poder del amor, es la disciplina del Espíritu, custodiando este poder y autoridad y dignidad que son dados al esposo. Esa es, claramente, la idea fundamental y rectora de todo este asunto —“Maridos, amad a vuestras mujeres”—.

Pero ahora, debemos proceder a considerar, en general, el carácter o la naturaleza de ese amor. Esto, una vez más, es muy necesario en la actualidad. Dos cosas se destacan de manera flagrante en el mundo de hoy: El abuso de la idea del *poder* y el abuso, aún mayor, de la idea del *amor*. El mundo nunca ha hablado tanto sobre el amor como lo hace hoy. Pero me pregunto si alguna vez ha habido un tiempo en que haya habido menos amor. Estos grandes términos han sido degradados⁴ tanto que mucha gente no tiene ni idea del significado de la palabra *amor*.

“Maridos, amad a vuestras mujeres”. ¿Qué es este amor? Felizmente para nosotros, el Apóstol nos lo dice... Él dice: “Maridos, amad a vuestras

¹ **Requerimiento** – Mandato.

² *ipse dixit* – (Latín=“él mismo lo dijo”); algo afirmado dogmáticamente sin pruebas.

³ *ex cathedra* – (Latín=“desde la cátedra”); cuando un papa habla *ex cathedra*, es decir, desde su lugar como obispo, el romanismo enseña que su doctrina es infaliblemente verdadera. Esto es un error.

⁴ **Degradados** – Rebajados en calidad o valor.

mujeres, así como” —“así como Cristo amó a la iglesia”—. Aquí, una vez más, muestra cuán deseoso está de ayudarnos. La sola mención del nombre de Cristo le lleva, inmediatamente, a elaborar la afirmación. No puede limitarse a decir: “Como Cristo amó a la iglesia”; él debe ir más allá y decir: “Y se entregó a sí mismo por ella, para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante, sino que fuese santa y sin mancha”. Dice todo eso para ayudar al esposo a amar a su esposa como debe amarla.

¿Por qué, entonces, elabora el asunto de esta manera? Creo que hay tres razones principales. Primero, quiere que cada uno de nosotros conozca el gran amor de Cristo por nosotros. Quiere que nos demos cuenta de la verdad sobre Cristo, y sobre nosotros mismos y nuestra relación con Él. ¿Por qué le preocupa tanto esto? Su argumento es, claramente, el siguiente: Sólo cuando nos demos cuenta de la verdad sobre la relación de Cristo con la Iglesia, podremos funcionar, realmente, como deben funcionar los esposos cristianos. Para que esto quede claro, termina diciendo: “Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia”. Pero, ¿por qué habla de Cristo y de la Iglesia? ¿Por qué nos ha llevado a ese misterio? Para que los esposos sepan cómo amar a sus esposas. Y ahí es donde la gente simplista⁵ y superficial que se burla de la doctrina, muestra su necedad y su ignorancia. ‘Ah’, dicen ellos, ‘a esa gente sólo le interesa la doctrina; nosotros somos gente práctica’. Pero no puedes ser práctico sin doctrina, no puedes amar verdaderamente a tu esposa, si no comprendes algo de *esta* doctrina, de este gran misterio. ‘Ah’, dicen otros, ‘es demasiado difícil; no puedo seguirla en absoluto’. Pero si quieres vivir como cristiano, tienes que seguirla, tienes que aplicar tu mente, tienes que pensar, tienes que estudiar, tienes que tratar de entender, tienes que luchar con ella. Está aquí para ti y si le das la espalda a esto, estás rechazando algo que Dios te da y [por eso], eres un terrible pecador. Rechazar la doctrina es un pecado terrible. Nunca debes poner la práctica en contra de la doctrina porque no [hay buena práctica] sin ella. Por eso, el Apóstol se toma la molestia de elaborar esta maravillosa doctrina acerca de la relación entre Cristo y la Iglesia, no simplemente por el hecho de enunciarla, por importante que sea, sino para que tú y yo en casa, podamos amar a nuestras esposas como debemos amarlas: “Así como Cristo amó a la iglesia”.

Así, ahora podemos considerar el problema de la siguiente manera: El principio que debe regir nuestra práctica es que la relación entre esposo y esposa es la misma, en esencia y en naturaleza, que la relación entre

⁵ **Simplista** – Carente de profundidad intelectual.

Cristo y la Iglesia. ¿Cómo lo abordamos, entonces? Debemos empezar estudiando la relación entre Cristo y la Iglesia, y entonces, y sólo entonces, podremos examinar la relación entre el esposo y la esposa. Eso es lo que hace el Apóstol. “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia”. Dicho esto, nos dice exactamente cómo Cristo ha amado a la Iglesia. Entonces, él dice: ‘Vayan y hagan lo mismo; esa es su regla. Esa es la primera gran doctrina’.

Comenzamos entonces, considerando la relación de Cristo con la Iglesia. Aquí hay algo que concierne a todos —no sólo a los esposos, sino a todas las personas—. Lo que se nos dice acerca de la relación de Cristo con la Iglesia es verdad para cada uno de nosotros. Cristo es el Esposo de la Iglesia; Cristo es el Esposo de cada creyente. Tú preguntas: ‘¿Dónde encuentras esta enseñanza?’. La encuentro, por ejemplo, en la Epístola a los Romanos, capítulo 7, versículo 4: “Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que [os desposéis con]⁶ otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios”. Cristo es el Esposo de la Iglesia; la Iglesia es la Esposa de Cristo. Cada uno de nosotros puede, en ese sentido, considerar al Señor Jesucristo como su Esposo y lo hacemos, colectivamente, como miembros de la iglesia cristiana.

¿Qué nos dice el Apóstol acerca de esto? Lo primero que nos dice es acerca de la actitud del Señor Jesucristo hacia la Iglesia, de cómo la ve Él. Aquí hay una instrucción para los esposos. ¿Cuál es tu actitud? ¿Cómo ves a tu esposa? Justo aquí, el Apóstol nos dice algunas cosas maravillosas. Pueblo cristiano, ¿se han dado cuenta de que estas cosas son verdaderas acerca de ustedes como miembros de la iglesia cristiana? Observen las características de la actitud de nuestro Señor hacia su Esposa, la Iglesia. Él la ama, “así como Cristo amó a la iglesia”. ¡Qué expresión tan elocuente! La amó a pesar de su indignidad; la amó a pesar de sus deficiencias. Fíjense en lo que Él tiene que hacer por ella. Ella necesita ser lavada, necesita ser limpiada. Él la vio en su miseria, en su desolación; pero la amó. Esa es la cumbre de la doctrina de la salvación. Nos amó —no por algo que hubiera en nosotros—. Nos amó *a pesar* de lo que había en nosotros, “siendo aún pecadores” (Ro. 5:8). Amó a los impíos, aún “siendo enemigos” (Ro. 5:10). En toda nuestra indignidad y vileza, Él nos amó. Él amó a la Iglesia, no porque fuera gloriosa y hermosa; no, sino para hacerla así. Tomen nota de la doctrina y vean lo que tiene que decir a los esposos. Un esposo se enfrenta a deficiencias, dificultades, cosas que

⁶ **Nota del editor** – En el original en inglés, el autor usa la Biblia KJV que, al traducir literalmente al español, es: “Para que os *desposéis* con otro”, mientras que la RVR 1960 en español, dice: “Para que *seáis* de otro”.

siente que puede criticar de su esposa; pero él ha de amarla “como Cristo amó a la iglesia”. Esa es la clase de amor que debe mostrar. Hasta aquí el primer principio.

El segundo principio es éste: “Se entregó a sí mismo por ella”. No sólo estaba dispuesto a sacrificarse por ella. Sino que, en realidad, se sacrificó por ella. ¡Tal es el amor de Cristo por la Iglesia! Sólo podía salvarla dando su vida por ella y dio su vida. Esa es la característica del amor de Él.

Entonces, toma nota de su gran preocupación por ella y por su bienestar. Él la está mirando. Se preocupa por ella. Él ve las posibilidades en ella, por así decirlo. Él desea que sea perfecta. Por eso, Pablo continúa diciendo: “Para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra, a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante”. Pueden ver su interés en ella, su amor por ella, su orgullo por ella. Esas son las características del amor de Cristo por la Iglesia —este gran deseo de que ella sea perfecta—. Y Él no estará satisfecho hasta que ella sea perfecta. Él quiere poder presentársela a Sí mismo como una iglesia gloriosa, “que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante”. Él quiere que sea perfecta, más allá de toda crítica. Él quiere que el mundo entero, por así decirlo, la admire. Así, se nos dice en el tercer capítulo de esta epístola, en el versículo 10, que Él ha hecho todo esto “para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales”. Es este el orgullo del Esposo por su Esposa: Él está orgulloso de su belleza, orgulloso de su apariencia, orgulloso de todo lo que le pertenece y Él quiere mostrarla a la familia, a todas sus criaturas. Esa es la clase de relación que existe entre el Señor Jesucristo y su Iglesia. Estoy extrayendo el principio de los detalles primero porque nos dan un entendimiento de esta maravillosa relación mística. Y así, el cuadro es de nuestro Señor regocijándose en la relación —feliz en ella, triunfante en ella, gloriándose en ella—. No hay nada que Él no hará por su novia, la Iglesia.

Tal es el primer gran asunto que surge en el tratamiento que hace el Apóstol de este vasto y excelso tema. Tenemos que comenzar con este cuadro de Cristo y la Iglesia. Vemos cómo Él la ve, lo que hace por ella porque la ve de esa manera, lo que tiene en mente para ella —su objetivo final—. Y debido a todo esto, existe el extraordinario concepto de la relación mística, la unidad, la idea de que son una sola carne y que ella es su cuerpo. “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia”.

He aquí, pues, nuestro primer gran principio —Cristo ama a la Iglesia—. La relación entre Cristo y la Iglesia es la que debe existir entre esposo y

esposa. Así que, empecemos por ahí. Observemos la gran doctrina de la Iglesia. Vengan todos ustedes, casados y solteros. Esto es verdad para todos nosotros porque estamos en la Iglesia. ¡Qué maravilloso es darnos cuenta de que estamos en esta relación con Cristo! Así es como Él te ve, esa es su actitud hacia ti. El principio es éste: Este amor, este amor semejante al de Dios, está totalmente por encima del erótico y filantrópico⁷ que es lo más elevado que el mundo puede conocer. La gran característica de este amor —y aquí es donde, esencialmente, se diferencia de los demás— es que éste no está gobernado tanto por el deseo de tener, sino por el deseo de dar. “De tal manera amó Dios al mundo”. ¿Cómo? “Que ha dado”. No hay nada malo con los otros tipos de amor —ya lo he dicho previamente— pero, incluso cuando estén en su mejor momento, siempre son centrados en sí mismos, siempre están pensando en sí mismos. Pero la característica de este otro amor es que no piensa en sí mismo. Él se entregó *a Sí mismo*; murió por ella —“hasta la muerte”—. El sacrificio es la característica de este amor. Este amor es un amor que da; no está siempre considerando lo que va a tener, sino lo que puede dar en beneficio del otro. Esposos, amen *así* a sus esposas ¡como Cristo amó a la Iglesia!

Tomado de *La vida en el Espíritu en el matrimonio, el hogar y el trabajo: Una exposición de Efesios 5:18-6:9 (Life in the Spirit in Marriage, Home, and Work: An Exposition of Ephesians 5:18-6:9)* (Edinburgh; Carlisle, PA: Banner of Truth Trust, 1974), 132-141, usado con permiso; www.banneroftruth.org.

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981): Predicador expositivo y autor galés; nacido en Cardiff, Gales, Reino Unido.



Todo lo que concierne a tu esposa debe hacerse con amor. Tus pensamientos deben ser pensamientos de amor; tus miradas deben ser miradas de amor; tus labios, como el panal de miel, no deben dejar escapar más que dulzura y amor. Tus instrucciones deben estar ribeteadas de amor; tus reprensiones deben estar endulzadas con amor; tu porte y toda tu conducta hacia ella, no deben ser, sino el fruto y la demostración de tu amor. ¡Oh, cómo amó Cristo, quien es tu modelo, a su esposa! Su nacimiento, vida y muerte no fueron sino, por así decirlo, un escenario en el que el amor más ardiente imaginable, desempeñó su papel en la vida, desde el principio hasta el fin.—*George Swinmock*

La formación de la mujer a partir del hombre, muestra cuán grande debe ser su afecto hacia ella, es decir, hacia sí mismo. Ella no fue hecha de su cabeza para ser su soberana, ni de sus pies para ser su esclava; sino de una costilla de su costado para mostrar cuán cerca de su costado debe estar de su corazón.—*George Swinmock*

⁷ **Filantrópico** – Amor general por la humanidad.

LAS RESPONSABILIDADES DEL AMOR

Ezekiel Hopkins (1634-1690)

LOS deberes... de las personas casadas son especiales o comunes. Los *especiales* son aquellos que son deberes sólo de una parte hacia la otra —ya sea del esposo hacia la esposa o de la esposa hacia el esposo—. Los *comunes* son los que pertenecen a ambos y deben ser cumplidos mutuamente por ambos.

Comenzaré primero con aquellos deberes que pertenecen a un esposo hacia su esposa y son éstos:

(1) **El amor conyugal**¹: En efecto, el amor [no es sólo] un hermoso ornamento para todas las relaciones, sino el fundamento y el principio de éstas. El amor debe ser el primer nudo que ata el matrimonio y sólo el amor puede hacerlo fácil después. Nada más, en absoluto, puede evitar que seamos fastidiados y mortificados². Y, aunque la falta de amor no puede disolver el vínculo, sí [disuelve] el gozo y el consuelo del estado matrimonial. Ahora bien, de todos los objetos que se nos permite amar aquí en la tierra, la esposa es el más importante; sí, para ser amada por encima de los padres, los hijos, los amigos y la más querida de todas las demás relaciones: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer” (Gn. 2:24). Y, si quieres conocer la medida completa de este amor, el Apóstol la ha prescrito: “Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos” (Ef. 5:28) y “cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo” (Ef. 5:33). Deben ser tan cuidadosos y tiernos con el bien de ellas como con el suyo propio, y dolerse por cualquier daño que se les haga, tanto como si se los hicieran a ustedes mismos. Y, en verdad, hay una gran razón para ello: Porque el matrimonio hace de dos, [una sola carne]. No hace más que compensar nuestro daño y restaurar la costilla a nuestro costado nuevamente. Y, por eso, por el matrimonio se dice que dos son hechos una sola carne: “Y los dos serán una sola carne; así que no son ya más dos, sino uno” (Mr. 10:8). Por lo tanto, toda violencia y ultraje contra la esposa, en la que algunos brutales hombres estallan con demasiada frecuencia, con una furia ruda y escandalosa, es tan antinatural como si vieras a un hombre golpearse, herirse y cortarse a sí mismo. Y, ciertamente, son perturbadas y delirantes pasiones que toman venganza contra sí mismos: “Na-

¹ **Conyugal** – Marital.

² **Fastidiados y mortificados** – Angustiados e irritados.

die aborreció jamás a su propia carne”, es decir, nadie que actúe racionalmente y como corresponde a un hombre, “sino que la sustenta y la cuida” (Ef. 5:29). Así que debemos amar a nuestras esposas con la misma ternura y naturalidad de afecto como a nosotros mismos; ellas deben ser tan queridas para nosotros como nosotros mismos. Y, si queremos que este alto afecto se eleve a un grado superior, veamos el versículo 25: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella”. Si un afecto natural no es suficiente, he aquí uno sobrenatural, el mayor ejemplo de amor que jamás se haya expresado o concebido, traído para ser la regla y el modelo del nuestro. Cristo amó a la Iglesia, su esposa, aunque había muchas manchas, defectos e imperfecciones en ella. La amó tanto que dejó a su Padre y se unió a su esposa; la amó más que a Sí mismo y que a su propia vida, y derramó su preciosísima sangre por ella. Y, en lugar de que la ira de Dios cayera sobre su amada esposa, se interpuso y recibió esos fuertes golpes en su propia persona. Así deben amar también los hombres a sus esposas: tan infinitamente, si fuera posible; pero como no es así, tan sinceramente. Y, por lo tanto, ...

[1] Deben amarlas, aunque, a menudo, descubran muchas debilidades e imperfecciones. [Estas] deben ser soportadas con mansedumbre, aunque no deben ser toleradas ni alentadas. El amor cubrirá una multitud de faltas, y mientras sean faltas y no crímenes, no debemos divorciar de ellas nuestros afectos ni nuestras personas. Hay, en efecto, un amor susceptible³ que sentirá gran ira por ofensas muy pequeñas; pero, por lo general, tal clase de amor se convierte en amargura y exasperación. Por tanto, las ofensas de esta naturaleza deben pasarse prudentemente por alto, sólo con una reprensión superficial o con un silencio que será más instructivo que el ruido y el clamor. Aquí, exhorta el Apóstol a los maridos: “Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos con ellas” (Col. 3:19).

[2] Debemos amarlas, de tal manera que no les reprochemos por las necesidades ni por las cargas de la vida conyugal. Sino que [debemos] contentarnos con [disminuir] nuestra antigua libertad y renunciar a nuestros antiguos privilegios, tanto de abundancia como de placer, de los que gozábamos en una condición de soltería, sin reprochárselo a ellas. Hay muchos tontos que sólo imaginan alegrías y deleites en la vida matrimonial. Pero, cuando entran en ella y se encuentran con muchos problemas inesperados, y que no pueden vivir ni tan cómodamente ni con tanto esplendor como antes, [piensan] remediarlo mediante peleas perpetuas con sus esposas, imputándoles la causa y cargando sobre ellas todas las cargas e inconvenientes que ambos soportan. Y de [éstos], ella mujer suele tener la mayor parte! Ahora, esto no es amar como Cristo amó a la

³ **Susceptible** – Hipersensible y que se ofende fácilmente.

Iglesia, quien, por ella, se despojó de su gloria y se humilló a Sí mismo, voluntariamente, primero hasta el polvo y luego hasta la muerte —la cruel y maldita muerte de cruz—.

[3] Debemos amarlas, de tal manera que nos interpongamos y nos atravesemos entre ellas y el peligro, y prefiramos que caiga sobre nosotros antes que sobre ellas. Porque, así como Cristo amó a la Iglesia, se entregó a Sí mismo por ella —redimiéndola de la ira de Dios al sufrirla Él mismo y librándola de la muerte al padecer la muerte [en lugar] de ella—.

[4] Debemos amarlas, de tal manera que nos esforcemos por promover el bien espiritual de sus almas y, mediante buenos consejos e instrucciones, inculcar en ellas el amor a la piedad y a la santidad. [Debemos hacer esto para que], así como Cristo santifica a la Iglesia, su esposa, nosotros también santifiquemos a las nuestras y las presentemos a Dios sin mancha ni arruga ni cosa semejante.

En estas cuatro cosas debemos amar a nuestras esposas como Cristo amó a su Iglesia: Soportando y perdonando sus debilidades; estando dispuestos a someternos a muchos inconvenientes por causa de ellas; interponiéndonos entre ellas y el peligro; y, por último, esforzándonos por promover su bien y beneficio espiritual.

Y, [hasta aquí], el primer deber que es el *amor*. He insistido más en él porque comprende todos los demás deberes. Porque donde existe este afecto sincero y conyugal, aunque pueda expresarse de diferentes maneras según los diferentes temperamentos de los hombres, sin embargo, en este caso como en todos los demás, ordenará a todo el conjunto y séquito⁴ de los demás afectos que esperen en él, y verá que nada falte para el bien del objeto en el que está fijado. Seré, pues, más breve en lo demás.

(2) Otro deber del esposo es tener un cuidado providente⁵ de su esposa. El Apóstol dice que debe nutrirla y cuidarla como Cristo cuida a la Iglesia (Ef. 5:29). Por lo tanto, debe darle, según su rango y capacidad, todo lo que sea necesario para su necesidad o comodidad. [Él no debe] desperdiciar en desenfrenos y excesos entre sus compañeros lascivos y malvados —compañeros que el diablo le ha dado— lo que debería ser para el sustento de ella, a quien Dios le ha dado como compañera y que, mientras tanto, no tiene nada para alimentarse excepto sus penas, nada para beber excepto sus lágrimas...

(3) Otro deber que los esposos deben a sus esposas es la protección de los peligros cuando están en riesgo... De hecho, la debilidad y flaqueza de ese sexo, siendo más indefenso ante los peligros que el nuestro y menos

⁴ **Séquito** – Fila de personas que siguen a una persona importante que, en este caso, es el *amor*.

⁵ **Cuidado providente** – Ver con anticipación y proveer cuidados en el futuro.

capaz [de salir de los problemas], requiere nuestra pronta ayuda y [socio-rrro]. ¡El que es tan mezquino como para no proporcionarlo es tan antinatural como permitir que una parte de sí mismo perezca! En las Escrituras, la esposa es comparada con una vid fructífera (Sal. 128:3): Ahora, la vid es una planta débil y tierna que requiere apoyo, y el esposo debe ser como el alero de la casa para su sustento y sostén. Es por eso que la mujer fue hecha en un principio de una costilla tomada de debajo del brazo del hombre. La función del brazo es repeler y mantener alejadas las injurias⁶, lo que significa para nosotros que el esposo debe defender a su esposa de todos los males y los daños a los que pueda estar expuesta.

(4) Otro deber es la instrucción y la dirección. Por eso, el esposo es llamado *cabeza* de la mujer —base y fuente de conocimiento y sabiduría—: “El marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia” (Ef. 5:23). Por lo tanto, así como toda dirección y consuelo provienen de Cristo, así también, el esposo debe transmitir y comunicar conocimiento, consuelo y guía a la esposa —llamado, por lo tanto, su *guía*⁷ (Pr. 2:17)—. Y Pedro exige a los esposos que vivan con sus esposas “sabiamente” (1 P. 3:7) para poder aconsejarlas e informarlas en todos los casos que surjan, especialmente, en lo concerniente a Dios y a sus almas. De ahí que Pablo ordene a las esposas que, “si quieren aprender algo, pregunten en casa a sus maridos” (1 Co. 14:35). Por eso, se exige mucho más de los esposos que tengan un buen acervo de conocimientos y que sean capaces de enseñarles, no sea que aquellos que “se meten en las casas y llevan cautivas a las mujercillas cargadas de pecados” atrapen a sus esposas (2 Ti. 3:6). Porque tal es la sutileza de los engañadores, siguiendo en ello el método de la Serpiente Antigua: Primero, comienzan con la mujer y, luego, se valen de ella para seducir al hombre. Porque la herejía, como todos los demás pecados, primero seduce⁸ los afectos y luego, corrompe con ellos la razón. Por lo tanto, el esposo debe estar bien fundamentado y tener buenos principios de conocimiento para que pueda evitar que su esposa sea llevada por la astuta sutileza de aquellos que están al acecho para engañar, aquellos que con buenas palabras y discursos agradables, frases rebuscadas y llamativas que no tienen nada en ellas, sino ruido y error, pervierten los corazones de los simples. Pero si, como sucede a veces, Dios ha dotado a la esposa con una mayor medida de prudencia y conocimiento sólido y sustancial que el esposo, entonces, le corresponde a él escuchar su consejo y ceder, no de hecho, a la autoridad del *consejero* (su esposa), como ella está obligada a hacer, sino a

⁶ **Injurias** – Agravio, ultraje de obra o de palabra. Daño o incomodidad que lesiona la dignidad de la persona.

⁷ **Guía** – Mientras que en la RVR 1960 se encuentra como “su compañero”, en la Biblia KJV en inglés, usada por el autor de este artículo, la traducción literal al español es “su guía”.

⁸ **Seducir** – Persuadir a algo malo mediante artes engañosas, adulación, astucia o engaño.

la autoridad del *consejo* (las Escrituras). Ella debe [ofrecerle] esto con todo respeto y sumisión, sin tener poder para imponer lo que ella sabe que es mejor y más adecuado, sino sólo convenciéndolo a aceptarlo, proponiéndolo⁹ con modestia y mansedumbre.

(5) Otro deber del esposo es la ternura y la dulzura hacia su esposa, no afligiéndola sin causa ni con palabras ni con acciones. Es una familia miserable, aquella en donde los que están unidos en el mismo yugo, se desprecian y se dan patadas unos a otros. Si la esposa es cuidadosa en el cumplimiento de su deber, le corresponde una aceptación amable y amorosa, así como la alabanza y el elogio por ello. Si a veces falla, no debe ser reprendida con amargura, sino con mansedumbre y de tal manera que la reprensión muestre más tristeza que enojo. Pero las peleas y contiendas perpetuas, además de que amargan por completo este estado de vida y agotan todo el consuelo que ofrece en lugar de prevenir ofensas para el futuro, por lo general, provocan y exasperan aún más. [Ésta] es una falta mayor en el esposo que la que él le reprocha a su mujer. Además, ciertamente los indispondrá a ambos para el cumplimiento de los deberes que les corresponden en su llamado general y particular [como esposo y esposa]. Esto dificultará sus oraciones, pues ¿cómo podrán alzar sus manos sin ira, como manda el Apóstol (1 Ti. 2:8), cuando arden en [enojo] el uno contra el otro? ¿Cómo van a rogar a Dios que los bendiga cuando se maldicen y ultrajan mutuamente? Y, en cuanto a los deberes de sus llamados particulares, ¿no vemos que en aquellas familias donde reina esta nociva¹⁰ contienda, son comúnmente descuidados? Todo se va a pique y a la ruina por una especie de venganza que una parte piensa tomar de la otra. El esposo, por descontento, no provee, ni la mujer administra. Por lo tanto, no se preocupan de nada, sino sólo de cómo pueden pelearse y reprocharse entre sí, una miseria en la que caen muchas familias debido a los arrebatos imprudentes y la ferocidad del hombre ante cualquier ofensa trivial de la esposa...

(6) Otro deber del esposo es dar el debido respeto y honor a su esposa. “Dando honor a la mujer como a vaso más frágil” (1 P. 3:7) porque, siendo débil, debe ser [tratada] con más respeto y delicadeza. Considérala honorablemente como la persona que Dios vio mejor y más adecuada para ti en todo el mundo; y no caigas en la tentación, ni siquiera en un pensamiento, de creer que cualquier otra podría haber sido tan apropiada o tan beneficiosa para ti. Habla honorablemente de ella, sin divulgar ninguno de sus defectos e imperfecciones para desacreditarla, sino dándole el de-

⁹ **Proponiéndolo** – Presentándolo para su consideración.

¹⁰ **Nociva** – Extremadamente dañina.

bido elogio por las virtudes y gracias que hay en ella porque el que deshonra a su mujer, se menosprecia a sí mismo; y todos le recriminarán por ser culpable de estupidez, tanto al elegirla como al gobernarla. Trátala honorablemente, sin hacerte siervo de sus [estados de ánimo] porque eso te deshonrará; ni haciéndola esclava de los tuyos porque eso es deshonrarla a ella. Sino trátala como tu amiga íntima, tu compañera entrañable y, en todo, igual a ti, menos en autoridad.

(7) El último deber del esposo es mantener y administrar prudentemente su autoridad. Su autoridad sobre su esposa es de Dios, quien se la ha confiado. Nuestro Salvador ilustra su propia autoridad sobre la Iglesia mediante la autoridad de un esposo sobre su esposa (Ef. 5). Y, por lo tanto, no debe ser traicionada ni mantenerse con rigor y violencia tiránica. Pero la manera correcta y más eficaz de mantener esta autoridad es mediante la prudencia y la seriedad, mediante [el dominio propio y la piedad], y una vida [digna], ejemplar y [disciplinada]. Esto provocará una reverente estima y veneración en la esposa y en toda la familia; mientras que la ligereza en un momento y la severidad en otro, sólo nos expondrán al desprecio por una y al odio por la otra. Es difícil que los demás respeten a quien primero no se respeta a sí mismo; pues quien se prostituya¹¹ a sí mismo con [estados de ánimo] necios y ridículos o con acciones viles y perversas —injusticia, intemperancia, mentira, etc.— idebe caer bajo el desprecio de sus parientes más cercanos! ... Pero una excelente mezcla de prudencia y piedad juntas —la una para ser *guía* y la otra para ser *ejemplo*— hará a un hombre verdaderamente admirable y digno de profundo respeto, e [inducirá] a la esposa y a toda la familia a estimarlo e imitarlo. [Hasta aquí], en cuanto a los deberes del esposo para con la esposa.

Tomado de Una exposición de los Diez Mandamientos (*An Exposition of the Ten Commandments*) en Las obras de Ezekiel Hopkins (*The Works of Ezekiel Hopkins*), vol.

1 (Philadelphia: The Leighton Publications, 1868), 464-470,
de dominio público.

Ezekiel Hopkins (1634-1690): Ministro anglicano y autor; nacido en Sandford, Crediton, Devonshire, Reino Unido.



Ahora, ¿cómo amó Cristo a su Iglesia? Con un gran amor, hasta el punto de morir por su Iglesia. —*Thomas Manton*

¹¹ **Prostituya** – Exponerse a la vergüenza pública de manera degradante.

COMO CRISTO AMÓ A LA IGLESIA

John Angell James (1785-1859)

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia, y se entregó a sí mismo por ella” (Efesios 5:25).

OBSERVE el sublime y transcendentamente interesante¹ hecho que se encuentra en medio de los deberes de la vida doméstica, según lo declarado por el Apóstol, en el lenguaje citado anteriormente, como el sol en el centro de los planetas —iluminándolos, impulsándolos y uniéndolos a todos—. Cada parte de este pasaje, tan amplio y hermoso, es inimitablemente sorprendente. El propósito de todo esto es magnificar el amor de Cristo por la Iglesia; [en cuanto a] esto, se supone que la condición moral de la Iglesia, previa a la obra transformadora de la gracia redentora, es la de una impureza repugnante; sin embargo, a pesar de esto, Él ejerce la más tierna compasión por su bienestar y no es repelido por la contaminación excesiva de ella.

Para efectuar su redención, [Jesús] no se limitó, meramente, a emplear las operaciones de su poder y de su sabiduría, sino que se entregó en manos de la justicia divina para, como sacrificio de expiación², rescatar al objeto de su consideración al precio de su sangre. [En esto, Él manifestó] un afecto más fuerte que la muerte y “que muchas aguas no podrán apagar” (Cnt. 8:7). El designio último de este acto de misteriosa humillación es hacerla, en cierta medida, digna de su consideración y apta para esa unión indisoluble con Él en la que, como su ilustre esposa, estaba a punto de ser recibida.

Para este propósito, las eficaces influencias del Espíritu Santo debían derramarse sobre su mente para que, en la cordial³ recepción de la verdad, pudiera ser purificada de la iniquidad, fuera implantado en su corazón el germen⁴ de toda virtud y fuera extendido sobre su cuerpo el manto

¹ **Sublime y transcendentamente interesante** – Perteneciente a las regiones más elevadas del pensamiento y que supera cualquier otro tipo de interés.

² **Expiación** – Teológicamente, la expiación significa reconciliación con Dios al eliminar o cubrir la culpa del pecado; esto se logró mediante el sacrificio de Jesucristo. Ver Portavoz de la Gracia N° 51: *Expiación*. Disponible en CHAPEL LIBRARY.

³ **Cordial** – Sincera, franca.

⁴ **Germen** – Primer principio; aquello de lo cual todo brota.

de la rectitud, hasta que, finalmente, bajo las dispensaciones de su Providencia⁵, los medios de su gracia y la agencia santificadora de su Espíritu, la última mancha de contaminación moral pueda ser [borrada], la última arruga de decadencia espiritual removida y —como la hija del rey— toda gloriosa por dentro y con brocado de oro [en] su vestido (Sal. 45:13), iella pueda ser presentada, cubierta con las bellezas de la santidad al Señor Jesús, “cuando venga en aquel día para ser glorificado en sus santos y ser admirado en todos los que creyeron” (2 Ts. 1:10)!

He aquí, ¡qué clase de amor es éste! Y es *este* acto de misericordia tan asombroso e incomparable, el que emplea el Apóstol *como motivo de toda conducta cristiana*... Él obtuvo de la cruz, sus motivos para las buenas obras. Hizo sentir su poder, no sólo en la conciencia como medio de perdón, sino en el corazón como el que proporciona el argumento más contundente⁶ y, al mismo tiempo, más insinuante⁷ para la santificación⁸... *Mediante la muerte de un Salvador crucificado* y una exhibición de su compasión sin límites, ataca el vicio del corazón depravado e inculca⁹ todas las virtudes de la mente renovada.

La doctrina de la cruz es la sustancia de la verdad cristiana y el gran apoyo de la moral cristiana. La mente y el corazón del Apóstol estaban llenos de ella. ¿Impone la humildad? Así es: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” (Fil. 2:5). ¿Una devoción sin reservas a Dios? Así es: “¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros? Porque habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios” (1 Co. 6:19-20). ¿Amor fraterno? Así es: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros” (1 Jn. 4:10-11). ¿Un carácter perdonador? Así es: “Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Ef. 4:32). ¿Benevolencia hacia los pobres? Así es: “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con

⁵ **Dispensación de su Providencia** – La disposición de Dios de los acontecimientos mediante el gobierno y cuidado divinos.

⁶ **Contundente** – Poderosamente convincente.

⁷ **Insinuante** – Sutilmente penetrante.

⁸ **Santificación** – La santificación es la obra del Espíritu de Dios (2 Ts. 2:13), por la que somos renovados en todo a imagen de Dios (Ef. 4:24) y nos vamos capacitando, más y más, para morir al pecado y vivir para Dios (Ro. 6:10-11) (*Catecismo de Spurgeon*. Pregunta 34). Ver también, Portavoz de la Gracia N° 35: *Santificación*. Ambos disponibles en CHAPEL LIBRARY.

⁹ **Inculca** – Enseña e impresiona mediante la repetición frecuente.

su pobreza fueseis enriquecidos” (2 Co. 8:9). ¿Y quién, sino un Apóstol, habría pensado en reforzar el afecto conyugal haciendo referencia al amor de Cristo a su Iglesia? Y lo ha hecho y ha representado así, el amor redentor como una especie de atmósfera santa rodeando al cristiano por todos lados, acompañándolo por todas partes, sosteniendo la existencia espiritual, el elemento mismo en el que su [fe y devoción a Cristo] vive, se mueve y tiene su ser. Esto es, en verdad, el cristianismo bíblico¹⁰: No un nombre, no un credo, no una forma, no un sentimiento abstracto, no una observancia de tiempos y lugares, no un mero traje mental o una vestimenta santa que nos ponemos, exclusivamente, para ciertas estaciones y ocasiones. ¡No! sino un hábito moral, un gusto mental, el espíritu de la mente que aparecerá, espontáneamente, en nuestro lenguaje, sentimiento y conducta mediante una referencia a Jesucristo como el fundamento de la esperanza y el modelo a imitar...

Comenzaré con [los deberes] del esposo. Se le ordena *amar* a su esposa... La pregunta surge muy naturalmente: ‘¿Por qué razón se le ordena tan especialmente al esposo? ¿Por qué *él* está tan particularmente obligado al ejercicio del afecto?’. Tal vez, por las siguientes razones: (1) Porque en la naturaleza misma de las cosas, *él* está en mayor peligro de faltar a su deber. Colocado por el Creador como “cabeza de la esposa” e investido de cierto derecho a gobernar su hogar, corre más peligro de diluir las tiernas sensibilidades en la predominante conciencia de superioridad. (2) Porque es más deficiente en este deber que la otra parte... puede decirse con verdad que los esposos suelen ser más deficientes en el amor que las esposas. Estas últimas, en mi opinión, superan a los primeros en ternura, en fuerza, en constancia de afecto. (3) Porque la falta de amor por parte del hombre suele ir acompañada de más desdichas para la otra parte: él puede llegar a mayores excesos de violencia, de crueldad, de depravación. La falta de esta tierna pasión en *él*, puede tener un efecto aún peor sobre su propio carácter y la paz de la esposa que la falta de [amor en] ella. En cualquier caso, una carencia de este tipo es algo lamentable; pero en *él*, es por varias razones, lo más temible.

El Apóstol establece dos modelos o reglas para el afecto de un esposo: Uno es, *el amor que Cristo ha manifestado por su Iglesia y el otro, el amor que un hombre siente por sí mismo.*

Al dirigir su atención al primero, exhibiré las propiedades del amor de Cristo y mostraré de qué manera, nuestro afecto debe conformarse al suyo.

¹⁰ **Nota del autor** – El autor utilizó, originalmente, la palabra *religión*, con la que se refería al cristianismo bíblico y la fe en Jesucristo. Para evitar confusiones entre los lectores actuales que consideran que la “religión” es cualquier sistema de fe y adoración dedicado a un poder superior, se ha reemplazado por el término *cristianismo bíblico*.

El amor de Cristo fue sincero. No amaba sólo de palabra, sino “de hecho y en verdad” (1 Jn. 3:18). En Él, no había disimulo¹¹, no salían epítetos cariñosos¹² de labios fingidos; no había acciones barnizadas con una mera cubierta de amor. Debemos ser como Él y esforzarnos por mantener un principio de verdadera consideración en el corazón, así como una demostración de ello en la conducta. Es una cosa miserable tener que *representar* el papel del amor sin sentirlo... Además, ¡qué difícil es representar bien el papel, mantener la máscara y sostener el carácter para escapar de la detección! Oh, la miseria del corazón de esa mujer que, al final, descubre a su costa, que lo que había estado acostumbrada a recibir y valorar como las atenciones de un amante, no son más que los trucos de un astuto impostor.

El amor del Redentor fue ardiente. Si queremos formarnos una idea correcta de lo que debería ser el estado de nuestro corazón hacia la mujer de nuestra elección, pensemos en el afecto que brillaba en el pecho del Salvador cuando vivió y murió por su pueblo. Es cierto que nosotros no podemos poseer ni la misma clase ni el mismo grado de consideración; pero, sin duda, cuando se nos remite a un ejemplo semejante —si no totalmente como modelo, al menos como motivo— nos enseña que no es adecuado ni se debe ofrecer un afecto débil a la esposa de nuestro seno. El Salvador mismo nos dice que si Él *dio su vida por nosotros*, es nuestro deber dar la nuestra por los hermanos. ¿Cuánto más por el amigo que está “más unido que un hermano” (Pr. 18:24)? Y si es nuestro deber *dar la vida*, cuánto más emplearla mientras dure, en todos los oficios de un afecto —fuerte, firme y creativo—. Aquella que por nuestra causa ha abandonado el hogar confortable, el cuidado vigilante y el cálido abrazo de sus padres, tiene derecho a esperar de nosotros aquello que le hará olvidar la casa de su padre (Sal. 45:10) y le hará sentir que, en lo que respecta a la felicidad, no pierde nada con el cambio. ¡Dichosa la mujer —todo esposo debe esforzarse para que su esposa sea así— que puede recordar sin suspirar, el momento en que [dejó] para siempre a los guardianes, los compañeros y los escenarios de su infancia!

El amor de Cristo a su Iglesia fue supremo. Él da al mundo su benevolencia, pero a la Iglesia, su complacencia¹³. “Jehová está en medio de ti”, dijo el profeta, es “poderoso; él salvará; se gozará sobre ti con alegría, llamará de amor, se regocijará sobre ti con cánticos” (Sof. 3:17). Así también debe considerar el esposo a su esposa por encima de todo: él debe descansar en su amor. Debe considerarla, no sólo por encima de todo *fuera* de su

¹¹ **Disimulo** – Hipocresía.

¹² **Epítetos cariñosos** – Expresiones de amor, afecto, cariño.

¹³ **Complacencia** – Estar contento con; satisfacción.

casa, sino por encima de todo *dentro* de ella. Ella debe tener precedencia¹⁴, tanto en su corazón como en su conducta, no sólo sobre todos los extraños, sino sobre todos los parientes y sobre todos sus hijos. Él debe amar a sus hijos por amor a ella, más que a ella por amor a ellos. ¿Es siempre así? Por el contrario, ¿no hemos visto, a menudo, hombres que parecen estar mucho más interesados en sus hijos que en sus esposas y que han prestado mucha menos atención a estas últimas que a las hijas adultas? Es especialmente indecoroso que un hombre se muestre más aficionado a la compañía de cualquier otra mujer que a la de su esposa, aun cuando no se pretenda más que el placer de su compañía. Tampoco debe abandonarla en sus horas de ocio por ningún compañero de su *propio* sexo, por interesantes que sean sus modales o su conversación.

El amor de Cristo es *invariable*. Como Él mismo, es “el mismo ayer, y hoy, y por los siglos” (He. 13:8). El afecto conyugal debe tener el mismo carácter: Debe ser el mismo siempre y en todo lugar, en casa como fuera de ella, en las casas ajenas como en la propia. Cómo han suspirado muchas esposas al exclamar: “¡Oh, si me trataran en mi propia casa con la misma ternura y atención que recibo en compañía!”. Con cuánta aversión y disgusto debe rechazar tal mujer las expresiones de cariño que, en tales circunstancias, no puede considerar sino como hipocresía. El hogar es el lugar principal para la atención cariñosa y minuciosa; y aquella que no tiene que quejarse de la falta de ésta allí, rara vez sentirá la necesidad o la inclinación de quejarse de la falta de ella afuera...

El amor del Redentor fue *práctico y esforzado*. Él proveyó todo por su mediación para el bienestar y consuelo de la Iglesia, y a un costo y con esfuerzos de los cuales no podemos formarnos una idea. Ya ha sido declarado que ambas partes deben ayudar en los cuidados de la vida. Una *buena* esposa no puede ser ociosa. Hermoso es su retrato, tal como lo dibujó el sabio. “Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Porque su estima sobrepasa largamente a la de las piedras preciosas...” (Pr. 31:10-31). Para aquellas que desean alcanzar altos grados de excelencia femenina, nunca será excesivo, ni en frecuencia ni en minuciosidad, el estudio de este exquisito retrato que combina la laboriosidad, la prudencia, la dignidad, la mansedumbre, la sabiduría y la piedad.

Sin embargo, la tarea de proveer para la familia corresponde, principalmente, al esposo. A ustedes, hermanos míos, les corresponde levantarse temprano, acostarse tarde, comer el pan con temor y beber, si es necesario, las aguas de la aflicción para que puedan ganar con el sudor de su frente un comfortable sustento para el círculo doméstico. Esto es,

¹⁴ **Precedencia** – Anterioridad, prioridad de tiempo, preferencia, primacía, superioridad.

probablemente, lo que el Apóstol quiso decir cuando nos ordenó dar honor a la esposa como al “vaso más frágil” (1 P. 3:7): El honor del sustento que ella, como consecuencia de la debilidad de su cuerpo y de las frecuentes enfermedades que le acarrea la relación maternal, no es tan capaz de procurarse por sí misma. En la mayoría de los países bárbaros y en algunos medio civilizados, la carga del trabajo manual recae sobre la mujer, mientras que su tirano señor vive en la indolencia¹⁵, alimentándose de la laboriosidad del desventurado ser a quien llama esposa, pero trata como esclava. ¿Y no hay en nuestra época y en nuestro país tales tiranos ociosos que mientras pueden vivir en la indolencia y satisfacer sus apetitos, no les importa cómo oprimen a sus esposas? ¿*Miserables* que hacen poco o nada por el sustento de la familia? Cuán completamente perdido para todo sentimiento noble y generoso debe estar aquel hombre cuyo corazón no puede conmoverse por las súplicas o lágrimas de una mujer en estado interesante¹⁶, que puede oír en vano sus súplicas por *su* hijo en su pecho y *su* hijo a su lado, que por tales súplicas no puede ser inducido a dejar sus visitas diarias a la taberna o sus hábitos de ocio y vagancia¹⁷ para atender sus negocios descuidados y detener la marea de pobreza y ruina que se aproxima. Una criatura así es peor que una bestia; es un monstruo. Es una lástima que no haya una ley ni un barco de convictos que lo lleve a una tierra donde, “si alguno no quiere trabajar, tampoco coma” (2 Ts. 3:10) ... Dejemos, pues, que el esposo se ocupe del cuidado de proveer y la esposa de distribuir lo necesario para la familia porque ésta es la regla, tanto de la razón como de la revelación.

Y así como Cristo trabajó por su Iglesia, no sólo durante su estancia en la tierra, sino que hizo provisión para su bienestar cuando partió de nuestro mundo, de la misma manera, el esposo debe cuidar de su esposa. Nunca pude entender lo apropiado de esa costumbre que es demasiado común, de que los hombres provean por su voluntad mucho mejor para los hijos que para la madre. ¿Parece esto un amor *supremo*? Todo hombre que eleva a una mujer al rango de esposa, debería tener cuidado de dejarla en la situación a la que él la ha llevado, por muy inferiores que fueran sus circunstancias, antes del matrimonio. En efecto, es de lo más cruel privarla, al mismo tiempo, no sólo de su más querido amigo terrenal, sino también de sus medios habituales de comfortable subsistencia.

El afecto práctico a una esposa se extiende, sin embargo, a todo: Debe manifestarse en la más delicada atención a su comodidad y a sus sentimientos; en consultar sus gustos; en ocultar sus defectos, en no hacer

¹⁵ **Indolencia** – Pereza rutinaria.

¹⁶ **En estado interesante** – Embarazada.

¹⁷ **Vagancia** – Pereza y falta de ganas trabajar.

nunca nada que la degrade, sino todo lo posible para exaltarla ante sus hijos y criados; en reconocer sus excelencias y elogiar sus esfuerzos por complacerlo; en satisfacer e, incluso, en anticiparse a todas sus peticiones razonables; en resumen, en hacer todo lo que el ingenio pueda inventar para su felicidad sustancial y su comodidad general.

El amor de Cristo por su Iglesia fue *duradero e inmutable*. “Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin” (Jn. 13:1), sin abatimiento¹⁸ ni alteración. Así deben amar los hombres a sus esposas, no sólo al principio, sino hasta el fin de su unión —cuando los atractivos de la belleza han huido ante la influencia marchitadora de la enfermedad; cuando el cuerpo vigoroso y vivaz ha perdido su elasticidad y el paso se ha vuelto lento y vacilante, cuando las arrugas de la edad han sucedido a la flor de la juventud y toda la persona parece más un monumento que la semejanza de lo que una vez fue—. ¿No ha ganado ella en la mente lo que ha perdido en fascinaciones exteriores? ¿No han florecido sus gracias mentales en medio de las ruinas de los atractivos personales? Si la rosa y el lirio se han marchitado en la mejilla, ¿no han crecido los frutos de justicia en el alma? Si aquellas flores que los ojos de la pasión juvenil contemplaban con tanto ardor se han marchitado, ¿no ha sido para dar paso al fruto maduro de la excelencia cristiana? La mujer ya no es lo que era, pero la esposa, la madre, la cristiana, son mejores que antes. Como ejemplo de amor conyugal en todo su poder y excelencia, no me señalen al novio y a la novia¹⁹ que durante el primer mes de su unión exhibieron toda la vigilancia y la ternura del afecto, sino al esposo y la esposa de cincuenta años, cuyo amor ha sido probado por el lapso y los cambios de un cuarto de siglo, y que, a través de este período y por estas vicisitudes²⁰, han crecido en el apego y la estima; y cuyo afecto, si bien no brilla con todo el ardor de un día de verano, sigue siendo como la luz del sol de un mediodía de octubre —cálido y hermoso— como si se reflejara entre tintes otoñales²¹.

Tomado de El monitor familiar o Una ayuda a la felicidad doméstica, (*The Family Monitor, or A Help to Domestic Happiness*), de dominio público.

John Angell James (1785-1859): Predicador y autor congregacionista inglés; nacido en Blandford, Dorsetshire, Inglaterra, Reino Unido.



¹⁸ **Abatimiento** – Disminución.

¹⁹ **Novio y novia** – Las palabras, en inglés (*bride y bride-groom*), usadas por el autor, se refieren al hombre y la mujer en el día de su boda, en este caso se podría traducir como recién casados.

²⁰ **Vicisitudes** – Cambios constantes e impredecibles.

²¹ **Tintes otoñales** – Colores del otoño.

AMAR A TU ESPOSA COMO A TI MISMO

David Martyn Lloyd-Jones (1899-1981)

“Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama” (Efesios 5:28).

EL esposo debe darse cuenta de que su esposa es una parte de sí mismo. No lo sentirá instintivamente; hay que enseñárselo y la Biblia, en todas sus partes, lo enseña. En otras palabras, el esposo debe comprender que él y su esposa no son dos: Ellos son *uno*. El Apóstol no deja de repetirlo: “Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama... Los dos serán una sola carne... Somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos” (Ef. 5:28, 31, 30). Todo esto es verdad en nuestra relación con el Señor; también es verdad en esta otra relación.

Por lo tanto, yo lo expresaría de la siguiente manera: No es suficiente que consideremos a nuestras esposas como *compañeras*. Son compañeras, pero son más que compañeras. Puede haber dos hombres de negocios que sean compañeros, pero esa no es la analogía. La analogía va más allá de eso. No es una cuestión de compañerismo, aunque incluye esa idea. Hay otra frase que se usa a menudo —al menos, solía ser común— que lo expresa mucho mejor y que me parece una declaración inconsciente de la enseñanza cristiana. Es la expresión que usan los hombres cuando se refieren a sus esposas como “mi media naranja”. Ahora, eso es exactamente correcto. Ella no es una compañera; ella es la otra mitad del hombre. “Los dos serán una sola carne”. “Mi media naranja”. La misma palabra *media* expresa todo el caso que el Apóstol elabora aquí. No se trata de dos unidades, de dos entidades, sino de dos mitades de una: “Los dos serán una sola carne”. Por lo tanto, a la luz de esto, el esposo ya no debe pensar aislada o individualmente. Eso debería ser completamente imposible en el matrimonio, dice el Apóstol, porque “el que ama a su mujer, a sí mismo se ama”. En cierto sentido, no está amando a otra persona, sino a sí mismo. Tal es la diferencia que hace el matrimonio.

En el plano práctico, por tanto, todo el pensamiento del esposo debe incluir también a su esposa. Nunca debe pensar en sí mismo de forma aislada o separada. En el momento en que lo hace, ha quebrantado el principio más fundamental del matrimonio. Todo el mundo lo ve cuando ocurre en el plano físico, pero el verdadero daño se produce antes, en el plano intelectual y espiritual. En cierto sentido, en el momento en que

un hombre piensa en sí mismo de forma aislada, ha quebrantado el matrimonio. ¡Y no tiene derecho a hacerlo! En cierto sentido, no puede hacerlo porque la esposa es una parte de él mismo. Pero si lo hace, seguramente, infligirá un grave daño a su esposa y es un daño en el que él mismo estará involucrado porque ella es parte de él. Por lo tanto, está actuando, incluso, contra sí mismo, si tan solo se diera cuenta de ello. Su pensamiento, por lo tanto, nunca debe ser personal en el sentido de ser *individualista*. Él es sólo la mitad y lo que hace implica, necesariamente, a la otra mitad. Lo mismo se aplica a sus deseos. Nunca debe tener deseos sólo para sí mismo. Ya no es un hombre, ya no es libre en ese sentido; su esposa está involucrada en todos sus deseos. Por lo tanto, debe procurar estar siempre atento a estas consideraciones. En otras palabras, nunca debe pensar en su esposa como un apéndice. Y mucho menos —lamento tener que emplear tal expresión— como un estorbo¹; pero hay muchos que lo hacen...

Por lo tanto, [el esposo] debe recordarse a sí mismo, deliberada y constantemente, lo que es verdad para él en este estado matrimonial, y eso debe gobernar y controlar todos sus pensamientos, todos sus deseos, todos sus anhelos, de hecho, la totalidad de su vida y sus actividades.

Pero podemos ir más allá y expresarlo con más fuerza. El versículo 28 termina con las palabras: “El que ama a su mujer, a sí mismo se ama”; pero recordemos que el Apóstol, al describir la relación entre el Señor y la Iglesia, ha usado la analogía del cuerpo. “Así”, dice además en el mismo versículo, “también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos”. Luego, lo elabora en el versículo 29: “Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia”. He aquí, pues, la enseñanza: que no sólo tenemos que darnos cuenta de que el esposo y la esposa son uno, sino que el esposo debe darse cuenta de que la esposa es, en realidad, una parte de él mismo, según esta analogía del cuerpo. La actitud de un hombre hacia su esposa, dice el Apóstol, debe ser su actitud, por así decirlo, hacia su cuerpo. Esa es la analogía y es más que una analogía... La mujer fue originalmente tomada del hombre (Gn. 2:21-22). Ahí tenemos la prueba de que ella es una parte del hombre y eso describe la característica de la unidad. Al hombre, por lo tanto, se le dice esto: “Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos”. Ahora, esa pequeña palabra *como* es sumamente importante y vital porque, fácilmente, podemos malinterpretarla. Pablo no dice: ‘Así deben los esposos amar a sus esposas de la misma manera que aman a sus cuerpos’. Ese no es el

¹ **Estorbo** – Carga, molestia, fastidio, gravamen.

significado. El significado es: ‘Así deben los esposos amar a sus esposas porque son sus propios cuerpos’. [...] Un hombre debe amar a su mujer como parte de sí mismo. Como Eva era parte de Adán, sacada de su costado, así también, la esposa lo es para el hombre porque es parte de él.

Hago hincapié en esto porque el Apóstol lo pone claramente de manifiesto, a saber, para mostrar que existe este elemento de indisolubilidad² en el matrimonio, que, tal como yo entiendo la enseñanza bíblica, sólo puede romperse mediante el adulterio. Pero lo que nos interesa decir ahora es que el Apóstol lo expresa de esta manera para que el esposo pueda ver que no puede separarse de su mujer. No puedes separarte de tu cuerpo, por lo tanto, no puedes separarte de tu mujer. Ella es parte de ti, dice el Apóstol, así que recuérdalo siempre. No puedes vivir aislado; no puedes vivir en separación. Si te das cuenta de eso, no habrá peligro de que pienses en la separación, no habrá peligro de que desees y quieras y anheles cualquier separación. Menos aún, puede haber antagonismo u odio. Fíjate en cómo lo dice: “Nadie”, dice, para ridiculizar el asunto, “aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia”. Por lo tanto, cualquier elemento de odio entre esposo y esposa es una locura total; demuestra que el hombre no tiene la menor idea de lo que significa el matrimonio. “Nadie aborreció jamás a su propia carne”, pero su esposa es su propia carne, ella es su cuerpo. Por lo tanto, él debe amar a su esposa como su propio cuerpo.

¿A qué conduce esto en la práctica? Aquí llego a una enseñanza muy detallada que todos necesitamos —tanto los cristianos como los demás—. Dios sabe que todos hemos fallado; todos hemos pecado al no comprender esta enseñanza y no aplicarla en detalle. El principio es que la esposa es, por así decirlo, el cuerpo del hombre. Por lo tanto, lo que su cuerpo es para su personalidad, su esposa debe serlo para él. De ahí, surge la enseñanza detallada del Apóstol. ¿Cómo debe un hombre tratar a su esposa? Permítanme dar primero algunos aspectos negativos.

No debe abusar de ella. Es posible que un hombre abuse de su cuerpo y muchos hombres abusan de su cuerpo —comiendo demasiado, bebiendo demasiado y de muchas otras maneras—. Eso es abusar del cuerpo, maltratarlo, ser cruel con él. Ahora bien, dice el Apóstol, un hombre que hace eso es un tonto porque si un hombre maltrata su cuerpo y abusa de él, él mismo va a sufrir. No puedes separarte de tu cuerpo; y si crees que puedes y abusas de tu cuerpo, serás tú quien sufra. Tu mente sufrirá, tu corazón sufrirá, toda tu vida sufrirá. Puedes decir: ‘No me importa mi cuerpo, estoy viviendo una vida de intelecto’; pero si sigues ha-

² **Indisolubilidad** – Que no se puede disolver o romper; se dice de algo que es permanente.

ciendo eso, pronto descubrirás que ya no tienes el intelecto que antes tenías y no serás capaz de pensar como antes. Si abusas de tu cuerpo, eres tú quien va a sufrir. No sólo el cuerpo, sino tú mismo sufrirás también. Lo mismo ocurre en la relación matrimonial. Si un hombre abusa de su esposa, sufrirá tanto él como ella. Así que, además de la maldad inherente, *el hombre es un tonto*. Si un hombre abusa de su esposa, se producirá una ruptura, no sólo en la esposa, sino también en el hombre y en la relación entre ambos. Sin duda, esto es lo que está sucediendo tan comúnmente en el mundo de hoy. Debería ser *impensable* que un hombre cristiano abuse de su esposa.

Pero no sólo no debe abusar de su esposa, sino que, en segundo lugar, el esposo no debe descuidarla. Volvamos de nuevo a la analogía del cuerpo. Un hombre puede descuidar su cuerpo. Sucede a menudo y, de nuevo, siempre conduce a problemas. Descuidar el cuerpo es malo, es una necedad, es incorrecto. El hombre ha sido constituido de tal manera que es cuerpo, mente y espíritu, y los tres están en íntima relación entre sí³. Todos somos conscientes de ello. Tomemos como ejemplo la fragilidad del cuerpo. Si sufro de laringitis, no puedo predicar, aunque quiera hacerlo. Puedo estar lleno de ideas y de deseos de predicar, pero si mi garganta está inflamada, no puedo hablar. Y lo mismo ocurre con todo el cuerpo. Si descuidas el cuerpo, tú mismo sufrirás por ello. Muchos hombres lo han hecho, muchos eruditos lo han hecho y, por descuidar el cuerpo, su trabajo ha sufrido. Esto se debe a la unidad esencial entre estas partes de nuestra personalidad.

Lo mismo ocurre en la relación matrimonial, dice el Apóstol. ¡Cuántos problemas se causan en el ámbito del matrimonio, simplemente, por negligencia! Muy recientemente, se ha publicado en los periódicos, la evidencia de médicos que han informado que, hoy en día, un gran número de esposas se han visto empujadas a fumar masivamente. ¿Por qué? Sencillamente porque sus esposos las han descuidado. Los esposos pasan las noches fuera haciendo deporte, o en bares, o jugando con sus amigos y la pobre esposa se queda en casa con los niños y el trabajo. El esposo llega a casa por la noche, justo a tiempo para acostarse y dormir; y se levanta y sale por la mañana. El descuido de la esposa está conduciendo a estas condiciones nerviosas que se revelan en el fumar excesivo y otras manifestaciones de tensión nerviosa. Es lamentable que un hombre se case y luego descuide a su esposa. En otras palabras, aquí hay un hombre que se ha casado, pero que, en asuntos esenciales, sigue viviendo como si todavía

³ **Nota del editor** – Ésta no es una defensa de una visión tripartita del hombre, sino acerca del cuidado del cuerpo en su totalidad.

fuera soltero. Sigue viviendo su vida separada; sigue pasando el tiempo con sus amigos hombres.

Podría extenderme en esto muy fácilmente, pero los hechos son tan conocidos que resulta innecesario. Pero tengo la sensación de detectar una tendencia, incluso en los círculos cristianos y aun en los círculos evangélicos, a olvidar este punto en particular. Un hombre casado ya no debe actuar como si fuera un hombre soltero; su esposa debe estar involucrada en todo... Por supuesto, el hombre en su negocio tiene que estar solo y hay otras ocasiones en las que tiene que estar solo; pero si se trata de una ocasión social, algo en lo que una esposa puede participar, ella debe participar; y es asunto del esposo, asegurarse de que ella participe... Pero hay otro aspecto de este asunto que, a veces, me causa gran preocupación. Constantemente, oigo hablar de lo que, algunas veces, se ha llamado “viudas evangélicas”. La expresión significa que el esposo de ese tipo particular de mujer, es un hombre que está todas las noches en alguna reunión u otra. Su explicación, de hecho, su argumento, es que está ocupado en una buena obra cristiana; pero parece olvidar que es un hombre casado... La conducta de un esposo así, es gravemente pecaminosa. Aunque se haga en nombre del trabajo cristiano activo, un hombre no puede ni debe salirse de su relación matrimonial de esa manera porque la esposa es parte de él, su “media naranja”, *no su esclava*.

Por tanto, los esposos cristianos deben examinarse a sí mismos en este asunto. Un hogar no es un dormitorio donde un hombre va a dormir. ¡No! Debe existir esta relación activa, ideal, positiva; y debemos tenerla en primer plano en nuestra mente. Por lo tanto, un hombre debe buscar la sabiduría de Dios para saber cómo repartirse en este sentido. Pero no me interesa lo que un hombre sea; si es un hombre casado, no debe comportarse como un hombre soltero, ni siquiera en relación con la obra cristiana porque al hacerlo, está negando la misma enseñanza del Evangelio que pretende predicar. Puede haber un egoísmo incalculable justo en ese punto... Así que paso a la tercera aplicación práctica de la enseñanza.

El esposo no debe abusar de su esposa, no debe descuidarla y, en tercer lugar, nunca debe asumir que algo es cierto acerca de ella sin antes asegurarse. El elemento positivo debe estar siempre presente. La esposa de un hombre no es sólo su ama de casa; existe ese elemento positivo. ¿Cómo se puede resaltar mejor? Permítanme usar los propios términos del Apóstol. Él lo expresa así: “Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino”, ¿qué? “que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia” ... Una vez más, esto

puede resolverse en términos de la analogía de que un hombre no aborrece a su propio cuerpo, sino que lo nutre y lo cuida. ¿Cómo lo hace? Sencillamente así:

En primer lugar, está la cuestión de la dieta. Un hombre debe pensar en su dieta, en su alimentación. Debe ingerir los nutrientes necesarios, debe tomarlos con regularidad, etcétera. Todo eso debe resolverse en términos de esposo y esposa. El hombre debe pensar en lo que ayudará a su esposa, en lo que la fortalecerá. Cuando tomamos nuestros alimentos, no sólo pensamos en términos de calorías o proteínas, grasas y carbohidratos; no somos puramente científicos, ¿verdad? En esta cuestión de la comida entra en juego otro elemento. También nos influye lo que atrae al paladar, lo que nos proporciona placer y disfrute. Así debe tratar el esposo a su esposa. Debe pensar en lo que a ella le agrada, en lo que le da placer, en lo que le gusta, en lo que disfruta. Por supuesto, antes de casarse, se esforzaba por hacer esto; pero después de casarse, a menudo, deja de hacerlo. ¿No es esa la dificultad?... Considera toda su personalidad y su alma. Tiene que existir un pensamiento activo acerca del desarrollo de la esposa y su vida en esta asombrosa relación que Dios mismo ha establecido.

También está la cuestión del ejercitarse. La analogía del cuerpo lo sugiere de inmediato. El ejercitarse para el cuerpo es esencial; el ejercitarse es igualmente esencial en la relación matrimonial. Puede significar algo tan sencillo como esto —simplemente hablar—. Desgraciadamente, muchas veces he conocido problemas en matrimonios, *simplemente por la ausencia de conversación*. Todos sabemos cuánto hay que decir a modo de excusa. Un hombre está cansado, ha estado en su trabajo o en su oficina todo el día, y llega a casa fatigado y cansado y quiere descanso y paz. Sí, pero lo mismo le ocurre a su esposa, con la diferencia de que, tal vez, ha estado sola todo el día o sólo ha tenido la compañía de niños pequeños. Nos apetezca o no, *debemos hablar*. La esposa necesita ejercitarse en este sentido. Háblale de tus cosas, de tus preocupaciones, de tus asuntos⁴; inclúyela en ello. Ella es tu cuerpo, es una parte de ti, así que permítele hablar al respecto. Consúltala, deja que aporte su comprensión. Ella es parte de tu vida, así que hazla participe de toda tu vida. Oblígate a hablar... Repito una vez más que conozco todas las excusas y lo difícil que puede ser a menudo; pero permíteme decirlo así —creo que es un argumento justo—. Este hombre estaba igual de cansado y trabajaba igual de duro antes de casarse; pero en los días previos al matrimonio, hiciera lo que hiciera, estaba muy ansioso por hablar con su prometida y hacerla

⁴ **Asuntos** – Temas de interés personal.

partícipe de todo. ¿Por qué iba a dejar de hacerlo después de casarse? No debe cesar, dice el Apóstol. El esposo y la esposa son uno. Mírala y considérala como a tu cuerpo, y recuerda este elemento del ejercitarse. Inclúyela en todo deliberadamente. Será maravilloso para ella, para su desarrollo y será bueno para ti mismo porque todo el matrimonio crecerá y se desarrollará, a medida que lo hagas.

Y eso nos lleva al cuarto punto que es el elemento de protección. Aquí está este cuerpo —él necesita alimento, él necesita ejercitarse; pero, además, cada hombre tiene que aprender a comprender su propio cuerpo—. El Apóstol elabora el argumento. El apóstol Pedro, como recordarán, lo expresa así. Le dice al esposo que recuerde que su esposa es el “vaso más frágil”. Esto significa que nuestros cuerpos están sujetos a ciertas cosas. Todos somos diferentes, incluso, en un sentido físico. Algunos de nosotros estamos sujetos, tal vez, a sentir el frío o a sufrir escalofríos de una manera que no parece preocupar a otros hombres. Algunos de nosotros estamos constituidos de tal manera que tenemos estos problemas menores; y estamos sujetos a infecciones extrañas y a varias otras cosas que vienen a probarnos. ¿Qué hace un hombre sabio? Tiene mucho cuidado con estas cosas: se pone un abrigo grueso en invierno, puede que se ponga una bufanda y se abstiene de hacer ciertas cosas. Se protege a sí mismo y a su débil constitución contra algunos de los peligros que nos acechan en la vida. “Así deben amar los hombres a sus esposas”. ¿Ha descubierto que su mujer tiene alguna debilidad peculiar en su temperamento? ¿Ha descubierto que tiene ciertas características especiales? ¿Es nerviosa y aprensiva, o demasiado franca? No importa lo que sea en particular; ella tiene ciertas características que son, en cierto sentido, debilidades. ¿Cuál es tu reacción ante ellas? ¿Te irritan o te molestan? ¿Tiendes a condenarlas y a desestimarlas? Actúa como lo haces con tu cuerpo, dice el Apóstol. Protégela contra ellas, guárdala de ellas. Si resulta que tu esposa ha nacido con ese temperamento preocupado, pues guárdala de él, protégela. Haz todo lo que puedas para protegerla de las debilidades, las dolencias y las flaquezas; así como lo haces con tu cuerpo, hazlo con tu esposa... Ella es “el vaso más frágil” ...

Lo dejaremos así... Hemos estado viendo un gran principio que es el más importante. Un hombre tiene que amar a su esposa “así como” — porque ella es— su propio cuerpo. “Nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia”.

Tomado de *La vida en el Espíritu en el matrimonio, el hogar y el trabajo: Una exposición de Efesios 5:18-6:9* (*Life in the Spirit in Marriage, Home, and Work: An Exposition of Ephesians 5:18-6:9*) (Edinburgh; Carlisle, PA: Banner of Truth Trust, 1974), 213-221, usado con permiso; www.banneroftruth.org.



LA FUERZA DEL AMOR¹

Benjamin M. Palmer (1818-1902)

*“Maridos, amad a vuestras mujeres, y no seáis ásperos² con ellas”
(Colosenses 3:19).*

Es digno de mención especial que, en todos los mandatos apostólicos, el gran deber que se impone [al esposo] es *el amor*. Además del testimonio que encabeza este capítulo, la obligación se expone más detalladamente en la Epístola a los Efesios: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella... Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama... Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la iglesia... Cada uno de vosotros ame también a su mujer como a sí mismo” (Ef. 5:25, 28-29, 33).

Pero, ¿no es el amor un deber de la esposa también? Es más, [según] nuestra filosofía, nos atreveríamos a decir que es a ella a quien le corresponde, principalmente, exponer ese gran poder. Con cierta sorpresa, encontramos que se atribuye a la conciencia del esposo como *su* obligación suprema y no podemos descansar hasta que descubramos el fundamento de esta discriminación... El mandamiento de *amar* está claramente diseñado para abarcar todo el oficio del esposo con sus distintas funciones. ¿Somos capaces de rastrear la sabiduría de la palabra?

1. *El esposo es el representante y el canal del amor en el que se fundamenta la relación matrimonial.* No es necesario demostrar que el amor es el elemento en el que se mueve la familia, la atmósfera que sostiene su vida o que es la base sobre la que se contrae el matrimonio y sin la cual es poco más que una inmoralidad sexual autorizada. Esto puede ser asumido. Si se ampliara, sólo serviría para dar énfasis a la exhortación, lo cual no es nuestro objetivo en este momento.

¹ **Nota del editor** – Para beneficio de los lectores actuales, este artículo ha sido editado, significativamente, más de lo habitual.

² **Áspero** – Tanto el autor como la Biblia KJV en inglés, usan la palabra ‘*bitter*’ que, en español traduce, literalmente, ‘*amargo*’. Ésta es otra definición para el término del griego bíblico *pikraino* - πικραίνω, al igual que ‘*áspero*’ como se ha traducido en la RVR 1960. El sentido en este artículo es una actitud negativa del esposo, por lo cual se usarán ambos términos.

Observemos entonces que, en el orden de la naturaleza, este amor comienza con el hombre. Él es quien escoge, lo que explica el peculiar lenguaje de Génesis 2:24: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer”. No lo dice al revés, aunque en realidad, implica un sacrificio mayor cuando la mujer abandona el hogar de su juventud. Pero no le corresponde a ella tomar la iniciativa. La mujer debe imponer restricción a sus afectos hasta que se le convoque. Como la violeta, oculta su dulzura bajo la hoja hasta que se tiende la mano para sacarla de su escondite. Ella puede despertar el amor que suscitará el suyo propio en respuesta absoluta, pero ese amor debe hablar primero desde los labios de otro, de los cuales, el suyo propio, no es más que el eco. Así pues, puesto que este amor es deseado primero por el hombre, es reconocido y es expresado primero por él, él lo representa en su poder activo y controlador a lo largo de la vida. Su amor debe ir siempre al frente. Tal como él comenzó, así debe continuar siendo su promotor y representante. Corresponde a su oficio de esposo, sentar las bases de la nueva sociedad y de la comunión en el amor; y él es el canal a través del cual pronuncia sus grandes mandatos. Es muy significativo el hecho de que, para él, el amor sea un deber primario que obliga la conciencia y no simplemente, un instinto ciego que opera mecánicamente como el de las bestias. Es una fuerza que él origina y de cuya perpetuación se le hace responsable. Ésta ha de ser, de ahora en adelante, la ley de su vida y la fuente de todas sus acciones hacia aquella que, por ese amor, ha sido ganada para sus brazos. Él es constituido el guardián de aquello en lo que todo verdadero matrimonio tiene su vida y su ser.

2. Como la naturaleza del hombre es la más áspera de las dos, su amor necesita ser sometido al imperio de la voluntad y ser cultivado como un principio. El novelista y el poeta pueden tratar el amor como una *emoción* o como una *pasión*; pero el moralista debe llegar hasta la raíz, de la cual, ambas brotan, y reconocerlo como un *principio*. Como tal, puede ser cultivado; no directamente, tal vez, pero sí indirectamente porque sólo así, las emociones pueden ser controladas por una fuerza que está detrás de ellas y por una ley que las hace depender de ella para todas sus manifestaciones. Por ejemplo: Existe el potente poder del hábito que surge del ejercicio repetido del principio. ¿Y dónde se ilustra esto más profusamente que en el matrimonio, donde el hábito del amor se fortalece, mientras que la mera emoción se debilita? Además, podemos obligarnos a prestar atención a aquellas cualidades personales que despertaron por primera vez el afecto y, así, las brasas moribundas pueden ser encendidas en una llama tan fresca como cuando estalló por primera vez desde los lugares profundos del corazón. Además, la conciencia puede ser entrenada para considerar la obligación que surge de nuestra elección original, cuando demandamos

el afecto correspondiente que nos haría felices. Debe ser un corazón frío e ingrato el que pueda resistirse a una apelación tan constante a su propia generosidad. Estas especificaciones bastarán para mostrar, al menos, algunos de los métodos por los cuales se puede hacer que el principio del amor, eche sus raíces más profundamente en el corazón; el cual, por la ley natural de expansión, brotará en los sentimientos y florecerá al fin, en la plena pasión del amor. Es bueno para nosotros que, cuando la novedad del goce se extingue en la relación con la esposa, lleguemos, *a través del poder controlador del hábito*, a una firme necesidad de amar; y ese poderoso principio vive y trabaja invisiblemente en las profundidades de nuestra naturaleza, brotando en nuevas flores, tan rápido como las viejas se marchitan y caen.

La mujer, por su constitución más amable y confiada, puede ser dejada, en gran medida, a la acción de sus propios instintos más suaves y dulces. Pero al hombre, cuya aspereza natural podría oponerse al desarrollo, le es ordenado que sus afectos sean educados por la conciencia y regulados por la voluntad. En consecuencia, se le hace más consciente de su responsabilidad como exponente oficial y guardián del amor sobre el que descansa el matrimonio. Por supuesto, nada de lo que aquí se ha escrito, debe interpretarse en el sentido de sacar el amor recíproco de la mujer de la esfera de la moralidad y tratarlo como simplemente constitucional e instintivo. Puesto que su naturaleza es idéntica a la del hombre —como lo demuestra el hecho de que haya sido creada de su costado— está sometida a la guianza y a las sanciones de las mismas leyes que él. Sólo se quiere decir que lo que es cierto para ambos, puede aplicarse con un énfasis especial al hombre, en la medida en que las influencias morales puedan ser particularmente necesarias para el desarrollo de su carácter y la regulación de su conducta.

3. *Las ocupaciones del hombre en la vida, al ser más diversas que las de la mujer, pueden absorber por completo sus pensamientos.* La esposa encuentra su mundo en el hogar, cuyo cuidado le pertenece por vocación. Es su función presidirlo, como un juez se sienta en el estrado, o un abogado aboga en el tribunal, o un comerciante se mueve en los círculos del comercio. Protegida de las preocupaciones más rudas de la vida, respira la atmósfera del amor y, en el cumplimiento constante de sus dulces y placenteros deberes, corre poco peligro de escapar de su influencia y control. Pero en el caso del hombre, sumido en los pormenores de los negocios, el amor es propenso a resultar excesivo en un episodio³. Apartado de los tiernos amores de su hogar, y preocupado con las ansiedades y trabajos del

³ **Episodio** – Momento de distracción o desviación en una historia (la vida del esposo), distinta del tema principal (su trabajo).

mundo exterior, su corazón es propenso a endurecerse bajo las influencias que son muy desfavorables para el desarrollo de los afectos. No podemos, por lo tanto, sino aprobar la sabiduría que lo pone tan preeminentemente bajo la ley del amor y lo ata con sus santas obligaciones.

4. Este mandato determina la naturaleza de su autoridad y la templa con la gracia. Bajo todo gobierno, la soberanía debe recaer en alguna cabeza reconocida. Debe existir un tribunal supremo, más allá del cual no pueda haber apelación. En el sentido supremo, esto pertenece sólo a Dios; pero en la familia, la cual está constituida bajo la providencia divina, el impresionante privilegio y la ventaja de representar el poder de Dios recaen sobre el esposo y al padre. Él es delegado como cabeza del estado doméstico y su autoridad une al hogar. Esta perspectiva de su posición es poco considerada, sin embargo, ¡cómo santifica toda relación y todo deber! Si se erige como representante de Dios ante todos los que están bajo su influencia, ¡con cuanta consideración debe administrar su sagrada confianza! Y cómo se les quita toda humillación a quienes obedecen, cuando el cetro ante el que se inclinan lleva la inscripción del nombre divino... Aquí está, a la vez, la limitación y la concesión de su poder. La una está plegada dentro de la otra: Si él representa a Dios en la plenitud de su gobierno, entonces debe tomar la justicia, la ternura y la paciencia del divino Legislador como pruebas de su propia fidelidad. Quien gobierna para Dios en esta mancomunidad primaria, debe aprender él mismo, la ley del amor como el trasfondo de su propia autoridad. Interpretamos la palabra del Apóstol, no simplemente como un control contra los caprichos y la voluntad propia, ¡sino como la definición de la naturaleza de su gobierno, llevándolo a la esfera de la *gracia* y convirtiéndolo en *el reino del amor*! Está fundado en el amor en su origen; ha de administrarse en el espíritu del amor como ley suprema; y del esposo, situado en la fuente y manantial de su solemne autoridad, brota esta ley de amor para todos los que están bajo su dominio. Para ello, es investido en su cargo bajo la sanción de este gran mandamiento, sin el cual, se convierte en tirano y usurpador.

Sin profundizar más en la filosofía del caso, las razones expuestas bastan para explicar el énfasis que se pone en el amor del esposo. La idea general se ve reforzada por la forma de la exhortación que es dirigida a él: “*No seáis ásperos con ellas*” ... La palabra *áspero*, no indica tanto una falta especial que deba censurarse, sino el peligro y la tentación fundamentales a los que está expuesta la relación. Se refiere a la autoridad con la que está *investido* el esposo y cuyo abuso es un peligro constante. La palabra *áspero* toca esto como con la punta de una aguja y no estará de más, sugerir algunas de las direcciones más obvias en las que, tan a menudo por desconsideración como por malignidad, un abuso de la autoridad marital puede ser fuente de *amargura* para quien es objeto de ella.

1. *A veces se da una presunción de superioridad señorial y se menosprecia a la esposa como si fuera inferior.* Nada puede ser más irritante para el orgullo de ella. ¿Acaso no basta con que el hombre esté investido de una supremacía oficial a la que ella debe rendir el homenaje con respeto, para que ésta deba ser llevada al extremo de la humillación? Todos sus instintos se rebelan contra la degradación, la cual, realmente, la incapacitaría para los deberes de su posición. Si [ella] es tomada de la misma sustancia del hombre, ¿cómo puede ser inferior en dignidad natural? Si se le entrega como una ayuda idónea, ¿cómo puede ser ella su complemento, si no es su igual? ¿Cómo puede estar asociada con él en un gobierno conjunto, si no está al mismo nivel? El hecho es que todas las comparaciones entre los dos, en cuanto a cuál debería ser considerado más digno, son superficiales e irrelevantes. Cada uno es el mejor en su lugar y ninguno es perfecto sin el otro. La distinción de sexo atraviesa toda la naturaleza de ambos, de modo que difieren tanto en su estructura espiritual como física; pero esta misma distinción impide la comparación entre los dos. Lo que se llama la debilidad de la mujer es, en realidad, su fortaleza. Proviene de la delicadeza más exquisita de su organización, tanto intelectual como física, la cual la capacita para los oficios más delicados y tiernos que está llamada a desempeñar. La dependencia para la cual todo esto la prepara, no es su degradación, sino su gloria. Por lo tanto, sólo delata insensatez aquel que es incapaz de distinguir entre la *sumisión* y la *inferioridad*; y que no recuerda que la sumisión en el cargo, a menudo, se obtiene donde hay igualdad absoluta en el rango. No hay amargura más amarga para una verdadera mujer que este menosprecio que la degrada a los ojos de aquel a quien ella misma está obligada a honrar.

2. *También hay un alarde pretencioso de autoridad en las exigencias innecesarias de obediencia.* No es una prueba pequeña de la bondad divina que haya gozo en la dependencia, siempre que corra dentro del surco que la naturaleza le ha proporcionado. Si no, entonces, puede estar acompañada de una fricción que desgastará la maquinaria. Hay, en efecto, un revestimiento suave bajo las cadenas que el amor pone alrededor de los miembros. Pero, aun así, pueden ser tirados y retorcidos con una aspereza desconsiderada que raspará estos miembros y dejará feas cicatrices donde sólo deberían adornar. Incluso la suave dependencia de la mujer, ofende la cobarde tiranía que ejerce la autoridad sin otro motivo que exhibir el poder al que se aferra.

3. *Hay aspereza en negar la demostración de amor que es el consuelo de una mujer.* Ella fue ganada por esto y por esto dejó los afectos más tranquilos del hogar de su infancia. Es el tributo que se le debe por el sacrificio; y hay un sentimiento de ultraje y de agravio cuando, en ocasiones apropiadas, se le niega. No se trata, simplemente, de la pérdida de lo que ella

había considerado como su ganancia, sino de un sentimiento de deshonra al ser desplazada del trono de los afectos. Las atenciones demasiado visibles del cortejo eran aceptadas como pruebas de un amor que nunca conocería disminución y la sagrada promesa sólo puede ser redimida mediante una atenta vigilancia a lo largo de la vida que no tiene por qué degenerar en un afecto servil y sumiso hacia la esposa para satisfacer todas las demandas del corazón de ella.

4. *Es otra forma de lo mismo cuando se le niega el debido apoyo en sus preocupaciones.* La carga del hombre recae sobre él en gran medida y las energías de la voluntad se movilizan más fácilmente para su apoyo. El destino de la mujer no es tanto de trabajo duro como de preocuparse, lo cual la fatiga por atrición⁴. Una mirada amable o un tono suave, serán como aceite para suavizar la fricción. Hace que la cruz sea un gozo, si gana el tributo del amor al sacrificio constante y paciente del amor.

5. *El aislamiento de la sociedad es otra amargura para ella, quien necesita apoyarse en ésta para sí misma y para su hogar.* El matrimonio la aísla del mundo. Nunca se pretendió que el hogar fuera su prisión, donde cumular en soledad y silencio, sólo con esperanzas frustradas y gozos arruinados. Es una clara subversión de su justo derecho, cuando la esposa abandonada se ve reducida a envidiar a los rivales más burdos —ya sea un negocio absorbente, o el frenesí de la política, o los placeres del club y la cantina— que la han suplantado en su supremacía.

6. *Lo peor de todo es la amargura de su alma que se lamenta ante un esposo totalmente indigno de su reverencia.* Si hay una esclavitud más intolerable que otra, es la de servir sin afecto. Pero el dolor aquí es que, el afecto que una vez hizo del servicio un deleite, ha muerto por completo en el alma de la mujer y ella no puede revivirlo. Su corazón se ha marchitado en su interior y se ha convertido en polvo. Está atada con cadenas más fuertes que el hierro a lo que, a partir de ahora, es para ella sólo “un cuerpo de muerte”. Y, sin embargo, a esta repugnante corrupción que engendra ofensas a cada paso, ha prometido el homenaje de su respeto. Pero el respeto es algo que debe ser merecido. Fue prometido alegremente en el altar del matrimonio cuando todo parecía ser justo y verdadero. Ahora, cuando las tentaciones del pecado han apartado de la integridad y del honor a aquel a quien la ley de Dios y su propia elección colocaron sobre ella como cabeza, ¡cuál debe ser la amargura de su espíritu al encontrar que la devoción, la estima y el amor se desvanecen en su corazón hacia aquel que tan terriblemente ha dejado de ser para ella una cobertura y una gloria!

⁴ **Atrición** – Desgaste por uso o roce, fricción.

No podemos proseguir con estos pensamientos que excitan, a la vez, las emociones gemelas de la indignación y de la lástima. Han sido llevados hasta aquí, sólo para ilustrar la designación integral del oficio del esposo mediante la palabra *amor*. La dignidad y el carácter sagrado de la relación se expresan por igual con ella; pues no puede asignarse una misión más elevada o más solemne que la de representar oficialmente este principio divino justo en el punto donde se encuentra el germen de toda sociedad humana.

Tal es entonces, la doctrina general de la supremacía del esposo basada en el amor. Recibe un énfasis adicional del doble argumento con el que el Apóstol la impone a la conciencia. El primero es *la consideración de la identidad de la esposa con su esposo*. La referencia, por supuesto, es al misterio de la mujer siendo tomada del cuerpo del hombre. Ella es, por tanto, su otro yo. “Entonces Jehová Dios hizo caer sueño profundo sobre Adán, y mientras este dormía, tomó una de sus costillas, y cerró la carne en su lugar. Y de la costilla que Jehová Dios tomó del hombre, hizo una mujer, y la trajo al hombre. Dijo entonces Adán: Esto es ahora hueso de mis huesos y carne de mi carne; esta será llamada Varona, porque del varón fue tomada” (Gn. 2:21-23). Aunque ahora existe separada de él, con personalidad propia, el matrimonio la devuelve a un reencuentro místico con él. La costilla, extraída de su costado, es reemplazada por la forma viviente que lo complementa, de modo que “el que ama a su mujer, a sí mismo se ama” (Ef. 5:28). Y así como “nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida” (Ef. 5:29), él, sencillamente, ama su propio cuerpo. Hay una profunda ternura en esto que sólo inunda el corazón con tiernas y benditas simpatías. Es el amor mismo el que corona al hombre como cabeza de la familia; quien, en el esplendor de esta majestad, acoge dentro de sí a la tierna contraparte de su propio ser, la cual ciñe la guirnalda alrededor de su frente. Ella es, a partir de ahora, una con él en una unidad mística, más santa y más cercana que la que se rompió cuando la carne se cerró sobre la hendidura de su costado.

Tomado de *La familia en sus aspectos civil y eclesial (The Family, in Its Civil and Churchly Aspects)* (Richmond: Presbyterian Committee of Publications, 1876), 26-45, de dominio público.

Benjamin Morgan Palmer (1818-1902): Predicador y teólogo presbiteriano estadounidense; nacido en Charleston, Carolina del Sur, EE. UU.



COMO A SUS MISMOS CUERPOS

John Angell James (1785-1859)

“Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama” (Efesios 5:28).

LOS hijos de un hombre son partes de él mismo; su esposa es él mismo: Porque “los dos serán una sola carne” (Ef. 5:31). Éste es su deber y también su medida, lo cual es tan evidente que, si comprende cómo se trata a sí mismo, no es necesario añadir nada acerca de su comportamiento hacia ella. Porque “qué poderoso cuidado tiene de su cuerpo, y lo usa con delicada ternura y lo cuida en todas las contingencias¹, y vela para protegerlo de todo mal, y se esfuerza por proveerle todo lo necesario y, muy a menudo, se deja llevar por sus inclinaciones y deseos, y nunca contradice sus apetitos, sino cuando son malos, y lo hace con alguna pena y dolor”². Así pues, que el hombre ame a su esposa como a su propio cuerpo.

¿Será necesario aplicar la fuerza de los *motivos* para lograr la debida atención a tal deber? Si es así, apelo a tu *sentido del honor*. Esposos, recuerden la diligente asiduidad³ y las tiernas atenciones con las que se ganaron el afecto y la confianza de la mujer que abandonó a su padre y a su madre y el hogar de su infancia para encontrar un lugar de descanso para su corazón en tu afecto. ¿Falsificarán los votos que prometieron y defraudarán las esperanzas que despertaron?... Se ha deshonrado a sí mismo, el hombre que proporciona justa ocasión a la compañera de sus días para establecer, con un suspiro, un contraste entre la atención afectuosa que recibió [antes] como prometida y [después] como esposa.

Insto al afecto a una esposa por el recuerdo de *ese momento solemne*, cuando en presencia del cielo y de la tierra, ante el ministro de Dios y en la casa de Dios, te comprometiste por todas las formalidades profundamente terribles de una especie de juramento, a abrir y mantener abierto tu corazón como la fuente de su felicidad terrenal y a dedicar toda tu vida a la promoción de su bienestar.

¹ **Contingencias** – Todas las circunstancias posibles.

² Jeremy Taylor, El anillo de bodas en Las obras completas del reverendo Jeremy Taylor (*The Marriage Ring in The Whole Works of the Right Rev. Jeremy Taylor*) (London: F. Westly and A. H. Davis, 1836), 711.

³ **Asiduidad** – Esfuerzo persistente para complacer.

Apelo a tu respeto por la *justicia*. Te has comprometido con ella y ya no te perteneces. No tienes derecho a ese tipo de vida individual, separada e independiente que te llevaría a buscar tu felicidad en contra de la suya o a descuidarla a ella. Ustedes dos son “una sola carne”.

La humanidad reclama en nombre de tu esposa. Está en tu mano hacer por su felicidad o por su miseria, más que por cualquier otro ser del universo, excepto Dios mismo. Un esposo cruel es un *torturador* de primera clase. Su víctima nunca puede eludir su control ni escapar del alcance de su crueldad hasta que es amablemente liberada por el rey de los terrores⁴, quien, en este caso, se convierte para ella en un ángel de luz y la conduce a la tumba como a un refugio de su opresor. Para una mujer así, no hay descanso en la tierra; el destructor de su paz la tiene siempre en su poder, pues ella está siempre en su presencia o esperándolo con temor. Las circunstancias de cada lugar y de cada día le proporcionan ocasiones de cruel negligencia o crueldad; y podría preguntarse con justicia, si se encuentra en la tierra un caso de mayor miseria —a menos que sea el de un miserable torturado por el remordimiento y la desesperación— que el de una mujer cuyo corazón se marchita diariamente bajo las frías miradas, las escalofriantes palabras y las repulsivas acciones de un esposo que no la ama. Un hombre así es un asesino, aunque en este mundo escape a la condena del asesino. Y mediante un refinamiento de la crueldad, emplea años en conducir a su víctima a su fin, mediante el lento proceso de una muerte lenta.

Si nada más puede prevalecer, el *interés* debería hacerlo, pues ningún hombre puede odiar a su esposa sin odiarse a sí mismo, puesto que “ella es su propia carne”. El amor, como la misericordia, es una doble bendición; y el odio, como la crueldad, es un doble tormento. No podemos amar a alguien digno sin regocijarnos en los reflejos de nuestro propio afecto. Después del supremo respeto que sentimos hacia Dios y que es imposible ejercer sin tener comunión con los ángeles en los gozos del cielo, el amor connubial⁵ es la pasión más beatífica⁶. Transformar⁷ *esto* en crueldad es abrir —en el centro mismo de nuestra alma— una fuente de veneno que, antes de exudar para torturar a otros, nos atormenta a nosotros mismos.

⁴ **Rey de los terrores** – La muerte.

⁵ **Connubial** – Adjetivo poco usado relativo al matrimonio o la relación entre casados, esposo y esposa; o matrimonial.

⁶ **Beatífica** – Que hace extremadamente feliz.

⁷ **Transformar** – La palabra original en inglés es ‘*transvenom*’, término en desuso que significa transformarse en algo venenoso.

No puedo evitar insertar aquí, el exquisito y conmovedor llamamiento que el sr. Jay⁸ pone en boca de las mujeres casadas a sus esposos: “Hónrennos; trátennos con bondad. Estamos excluidas de muchas de las oportunidades y medios por los cuales ustedes obtienen atención favorable. Condenadas a las sombras, pocos de los altos lugares de la tierra están abiertos para nosotras. Alternadamente, somos adoradas y oprimidas. De nuestros esclavos, ustedes se convierten en nuestros tiranos. Perciben nuestra belleza y se aprovechan de nuestra debilidad. Se quejan de nuestra inferioridad, pero ninguno de sus conductas nos invita a elevarnos. La sensibilidad nos ha dado mil sentimientos que la naturaleza les ha negado a ustedes bondadosamente. Siempre bajo restricciones, tenemos poca libertad de elección. La Providencia parece haber estado más atenta a capacitarnos para conferir felicidad que para disfrutarla. Cada condición nos trae nuevas mortificaciones⁹; cada relación, nuevas penas. Establecemos lazos sociales; es un sistema de sacrificio perpetuo. No podemos dar vida a otros sin arriesgar la nuestra. Tenemos sufrimientos que ustedes no comparten, que no podemos compartir. Si nos dejan, los años y la decadencia invaden *nuestras* atractivos, y gran parte del ardor producido por la atracción, desaparece con ellos. Podemos morir. La tumba nos cubre y pronto somos olvidadas; pronto terminan los días de su luto; pronto se repara nuestra pérdida; desechada incluso de sus palabras, nuestro nombre no se oír más; a una sucesora puede disgustarle. Nuestros hijos, después de tener una madre por naturaleza, pueden caer bajo el control de una madre por afinidad y ser mortificados por las distinciones hechas entre ellos y su *propia* descendencia. Aunque los deberes que hemos desempeñado sean invariablemente los más importantes y necesarios, no brillan. Son demasiado comunes para llamar la atención: no procuran ninguna celebridad; la esposa, la madre no llenan ninguna página histórica. Nuestras privaciones, nuestros confinamientos, nuestros días agotadores, nuestras noches interrumpidas y sin dormir, las horas que hemos pasado velando ansiosamente por vuestros hijos enfermos y moribundos¹⁰...

Para concluir: Busquemos más todos, el espíritu del verdadero cristianismo bíblico —el espíritu de fe, de esperanza y de oración—. [Esta] fe cree, realmente, en la palabra de Dios y mira, habitualmente, a la cruz de Cristo por la que obtenemos la salvación. [Mira] al mundo eterno donde

⁸ William Jay (1769-1853) – Predicador y autor congregacional inglés.

⁹ **Mortificaciones** – Grandes vergüenzas y bochornos.

¹⁰ William Jay, Los deberes de esposos y esposas en *Las obras del reverendo William Jay (The Duties of Husbands and Wives in The Works of the Rev. William Jay)*, vol. 3 (New York: Harpers and Brothers, 1854), 174.

gozaremos plenamente y para siempre. [Y esta esperanza] vive en la expectativa y el deseo de gloria, honor, inmortalidad y vida eterna, y [en] un espíritu de oración que nos lleva, diariamente y cada hora, al trono de la gracia divina en busca de toda esa ayuda del Espíritu Santo. [Esto] lo necesitamos, no sólo para los deberes que se refieren a nuestras relaciones en otro mundo, sino para los que nos incumben como consecuencia de nuestras relaciones en este mundo.

Tomado de El monitor familiar o Una ayuda a la felicidad doméstica, (*The Family Monitor, or A Help to Domestic Happiness*), de dominio público.



Es cierto que el amor de un esposo por su esposa debe estar por encima del amor que siente por todas sus relaciones. Después de Dios, y de Cristo y de su propia salvación, su esposa precisa el afecto más ardiente y fuerte. —*George Swinnock*

Les pido que noten lo que no siempre sucede con respecto al esposo y a la esposa: *El Señor Jesús ama a su Iglesia desinteresadamente*, es decir, nunca la amó por lo que tiene, sino por lo que es. Es más, debo ir más allá y decir que Él la amó, no tanto por lo que ella es, sino porque Él la convierte en el objeto de su amor. Él la ama, no por lo que recibe de ella o con ella, sino por lo que Él es capaz de otorgarle. El suyo es el amor más fuerte que jamás haya existido porque Él ha amado la fealdad hasta convertirla en belleza. —*C. H. Spurgeon*

EL EJEMPLO DEL MAESTRO

Charles H. Spurgeon (1834-1892)

“Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia” (Efesios 5:25).

• Qué ejemplo de oro da Cristo a sus discípulos! Pocos maestros se aventurarían a decir: ‘Si quieren practicar mi enseñanza, imiten mi vida’. Pero la vida de Jesús es la transcripción exacta de la virtud perfecta y, por lo tanto, Él puede señalarse a Sí mismo como el parangón¹ de santidad, así como el maestro de la misma.

El cristiano no debe tomar como modelo nada que no sea Cristo. Bajo ninguna circunstancia debemos estar contentos, a menos que reflejemos la gracia que hubo en Cristo Jesús. Incluso como esposo, la cual es una relación que el cristiano sostiene en común con el resto de los hombres, debe mirar a Cristo Jesús como la imagen que se le presenta y debe pintar conforme a esa copia. Siendo Cristo mismo el esposo de la Iglesia, el verdadero cristiano ha de procurar ser un esposo como Cristo lo fue para su esposa... Que el cristiano aspire entonces, a ser semejante a su Señor, quien es el Autor y Consumador de su fe. Y que, al correr la carrera celestial, mire a Jesús y haga del Apóstol y Sumo Sacerdote de su profesión (He. 3:1) su estudio continuo y se proponga ser transformado a su imagen de gloria en gloria (2 Co. 3:18).

Al leer el pasaje que tenemos ante nosotros, debe sorprendernos en qué terreno tan elevado coloca el Apóstol al cristiano. Es posible que algunos esposos puedan decir: ‘¿Cómo puedo amar a una esposa como la que tengo?’. Podría darse el supuesto caso de que algún cristiano estuviera unido en yugo desigual con una incrédula y se encontrara atado con un grillete para siempre, a una persona poseída por una disposición irritable², de temperamento rebelde y de espíritu amargado. Por tanto, podría decir: ‘Ciertamente estoy excusado de amar en un caso como éste. No se puede esperar que yo ame algo que, en sí mismo, es tan desagradable’. Pero observen amados, la sabiduría del Apóstol. Él acalla esa excusa que, posiblemente, se le ocurrió mientras escribía el pasaje, tomando el ejemplo del Salvador, quien amó, no porque hubiera hermosura en su Iglesia, sino para hacerla hermosa. Ya ven que “amó a [su] iglesia, y se entregó así mismo por ella, ... a fin de presentársela a sí mismo, una iglesia gloriosa, que no tuviese mancha ni arruga ni cosa semejante” (Ef. 5:25, 27). No la

¹ **Parangón** – Persona considerada como ejemplo perfecto de una cualidad particular.

² **Irritable** – Hosca; infeliz.

admiró porque no tuviera mancha; no la escogió porque no tuviera arruga; sino que fijó sus afectos donde había [innumerables] manchas y arrugas. Donde todo era deformidad, Él fijó su corazón y no se retiraría hasta que hubiera amado esas manchas y amado cada arruga de aquella que era el objeto de su elección. Y ahora, parece decirle a cada hombre cristiano, por muy infeliz que haya sido su situación: ‘Si por ventura la Providencia te ha unido a alguien que merece muy poco de tu afecto, sin embargo, si no puedes amar por estima, ama por compasión; si no puedes amar por el mérito presente, entonces ama por la esperanza futura porque, posiblemente, aun allí en esa mala tierra, pueda crecer alguna dulce flor. No te canses de la santa labranza, y de arar y sembrar celestialmente porque, al final, puede brotar alguna hermosa cosecha que alegre tu alma’. Él amó a su Iglesia y se entregó a Sí mismo por ella, a fin de presentársela a Sí mismo, una Iglesia gloriosa...

Primero, que el Espíritu de Dios nos ayude entonces, al contemplar a la Iglesia escogida, objeto del amor del Salvador. Algunos de nuestros hermanos se inclinan mucho hacia lo que se llama la visión general o universal de la benevolencia de Dios... Algunos de estos hermanos tienen mucho temor de la señal peculiar y especial del amor del Salvador, y parecen rehuir cualquier texto que contenga algo particular y discriminatorio en él, y lo sacuden de su mano y lo arrojan al fuego como Pablo hizo con la víbora de antaño.

Ahora, agradecemos a Dios [que] hemos aprendido a amar las doctrinas distintivas de la gracia y que, la *predestinación* y la *discriminación*, ahora no son palabras difíciles de pronunciar para nosotros, ni son irritantes para nuestros oídos; sino que amamos leer este texto... Cristo amó a la *Iglesia* y se entregó a Sí mismo por *ella*. Percibimos que Cristo no amó al *mundo* en el sentido en que aquí se entiende el término *amó*. Vemos aquí que Cristo no se entregó por el mundo, sino por *ella*, es decir, por la Iglesia. En el sentido en que aquí se dice que se entregó, no lo hizo por nadie, excepto por su pueblo escogido, la Iglesia —su único, especial y particular objeto de afecto—. No es que Cristo haya amado a la creación universal y a toda la humanidad por igual, sin excepción ni diferencia; sino que Él amó a la Iglesia y se entregó por *ella*.

Ahora bien, ¿qué es esta Iglesia que Jesucristo amó, sino la totalidad de los elegidos? Todos los que el Padre le dio desde antes de la fundación del mundo, cuyos nombres fueron escritos en el libro de la vida del Cordero antes de que las estrellas comenzaran a brillar —todos los que fueron tomados por Él para ser las ovejas de su prado, las joyas de su corona, los hijos de su amor, los súbditos de su reino, los miembros de su cuerpo, siendo cada uno de ellos particularmente conocido por Él y escogido en

Él antes de que las montañas se alzaran hacia las nubes— todos ellos componen la iglesia de Cristo que fue el objeto de su amor redentor.

Debemos buscar a estos escogidos en lo que se llama la iglesia *visible*. Sabemos que no todos los que pertenecen a Israel son israelitas, y que la iglesia *visible* no es idéntica a la Iglesia que Cristo amó y por la cual se entregó a Sí mismo. Hay una iglesia *invisible*, y ésta es el centro y la vida de la iglesia visible. Lo que el trigo es para la paja y el montón³ para la era, así son estos cristianos vivos entre la multitud de profesantes en el mundo. Hay una distinción que no podemos ver, que no nos corresponde a nosotros tratar de manifestar, no sea que, al tratar de arrancar la cizaña, arranquemos también el trigo. Hay una iglesia invisible que se hace visible en el cielo, la cual será evidente y manifiesta en la venida del Hijo del hombre. Ésta es la que Cristo amó y por la que se entregó a Sí mismo.

Ahora, observen lo que esta Iglesia era *por naturaleza*... La Iglesia que Cristo amó era, en su origen, tan pecadora como el resto de la raza humana. ¿Acaso los condenados en el infierno cayeron por la transgresión de Adán? Lo mismo sucedió una vez con los salvos en la gloria. El pecado que fue imputado a los espíritus perdidos fue, igualmente y con fatales consecuencias, imputado a ellos; de no haber sido por la venida de la Cabeza del pacto, el segundo Adán, habrían sufrido para siempre con los demás. También ellos eran igualmente depravados por naturaleza. ¿Es el corazón engañoso sobre todas las cosas en los no regenerados? Lo mismo es en los elegidos antes de la regeneración. ¿Era perversa la voluntad? ¿Estaba entenebrecido el entendimiento? ¿Estaba enferma toda la cabeza y desfallecido todo el corazón en el caso de aquellos que continuaban en el pecado? Lo mismo sucedía al principio con aquellos que han sido recibidos por la gracia soberana al corazón de Cristo. “Éramos”, dice el Apóstol, “por naturaleza hijos de ira, lo mismo que los demás”. Recuerden que entre el santo más brillante en el cielo y el pecador más oscuro en el infierno, *no hay más diferencia que la que Cristo ha hecho*. Si a esos glorificados se les hubiera dejado continuar en su estado natural, habrían pecado tan vil y constantemente como lo han hecho los peores pecadores. Para comenzar, no hay diferencia entre los elegidos y los no elegidos. Todos han caído por igual: “Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno” (Ro. 3:12).

Es más, esta iglesia de Cristo está formada por personas que, en realidad, están *contaminadas por sus propias transgresiones*. ¿Somos tú y yo miembros de esa Iglesia? Ah, entonces, estamos obligados a confesar que en nosotros, por naturaleza, habitaba toda clase de [lujuria], vileza y un

³ **Montón** – Mies o cosecha que ya está seca, segada y acarreada hasta la era, y dispuesta en un montículo.

corazón malo de incredulidad, siempre propenso a apartarnos del Dios vivo y a rebelarse contra el Altísimo. ¿Y qué hemos hecho desde entonces? O, mejor dicho, ¿qué no hemos hecho?

No todos caímos en los mismos vicios, pero aun así, cuando se lee el oscuro catálogo del pecado, tenemos que llorar sobre él y decir: ‘Así éramos algunos de nosotros’. Pero por qué haríamos parte de la iglesia de Cristo, es una pregunta que nunca puede ser contestada, excepto con esta única respuesta: “Padre, porque así te agradó” (Mt. 11:26). ¿Acaso los impíos se hunden en el infierno con sus pecados como con piedras de molino al cuello? Nosotros también nos habríamos hundido allí, tan rápida y fatalmente, a menos que el amor eterno hubiera dicho: ‘Líbralo de descender al sepulcro porque he hallado redención’. Miren a la iglesia de Cristo, tal como ustedes la observan visiblemente en el mundo, y les pregunto hermanos, aunque tiene mucho acerca de ella que es admirable, si no tiene muchas cosas que podrían hacer que su Señor la desechara. Aun en su estado regenerado, ella habla con verdad cuando dice que es “morena⁴ como las tiendas de Cedar” (Cnt. 1:5).

Fíjense en los hipócritas que entran en la iglesia cristiana y que manchan su pureza. Observen a los formalistas que abarrotan sus atrios, que se sientan como el pueblo de Dios y cantan como el pueblo de Dios canta, pero tienen corazones llenos de podredumbre y villanía. Observen incluso, a los verdaderos santos —¡cuán incrédulos, cuán a menudo de mente carnal, cuán infantiles, cuán dispuestos a murmurar contra Dios!—. ¡Cuán pocos de ellos son padres en Israel! Cuando deberían ser maestros, tienen necesidad de ser instruidos en los primeros rudimentos de la fe. Cuántas herejías entran en la Iglesia y cuántas mentes inestables son arrastradas por ellas. ¡Cuántas divisiones hay! Cómo dice uno: “Yo soy de Pablo”, y otro: “Yo soy de Apolos”, y un tercero: “Yo soy de Cristo” (1 Co. 1:12). Cuantas envidias hay, cuantas murmuraciones contra los que se destacan por su utilidad. ¡Cuántas sospechas contra los que son un poco más celosos que sus compañeros! Hermanos míos, qué falta de afecto podemos ver en la iglesia de Cristo; qué poca bondad fraternal, qué poca compasión. Por otra parte, cuánto orgullo se descubre... Cuantos se proclaman señores de la herencia de Dios, y toman para sí nombres y títulos a los que no tienen derecho, viendo que “uno es [nuestro] Maestro” (Mt. 23:8) y no debemos ser llamados “Rabí” entre los hombres. Cuando miro a la Iglesia, incluso con los ojos vendados, sin poder verla como debe verla el ojo omnisciente de Dios, sin embargo, está cubierta de manchas.

⁴ **Morena** – La Biblia KJV en inglés, traduce este término como ‘*negra*’ para ilustrar cómo la Iglesia se ve oscurecida o ennegrecida por la tribulación y por el pecado, aunque hermosa a los ojos de Dios.

Bien puede ella llevar su velo y decir: “No reparéis en que soy morena, porque el sol me miró” (Cnt. 1:6). Oh iglesia de Dios, cómo pudo Jesucristo amarte, pues aún en tu capacidad y estado eclesial, cuánto hay que podría hacerle decir: “Plata desechada los llamarán, porque Jehová los desechó” (Ver Jer. 6:30). Mira, cuánto hay que le haga decir de ti: “Buena es la sal; mas si la sal se hiciere insípida, ¿con qué se sazonará?... No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres” (Lc. 14:34; Mt. 5:13).

Y, sin embargo, ustedes ven, queridos amigos, que está escrito que Cristo amó a su Iglesia y se entregó a Sí mismo por ella. Me parece verlo —un terreno sin cultivar; sin cercas ni muros, no cubierto de vides ni perfumado con dulces flores, sino un lugar en el desierto, lleno de espinos, cardos y zarzas; sus cercas están derribadas; las piedras de su muro están dispersas; el jabalí del bosque lo destruye; toda clase de criaturas inmundas acechan entre su maleza y sus zarzas—. Oh, ¿cómo es posible, Señor de gloria, que pudieras comprar, al precio de la sangre de tu corazón, un terreno tan baldío como ese? ¿Qué pudiste ver en ese jardín para que decidieras convertirlo en el lugar más hermoso de toda la tierra, que te diera el más rico de todos los frutos?

Me parece, de nuevo, que veo a la iglesia de Dios, no como una hermosa doncella adornada con joyas para el día de la boda, luciendo gloriosamente tanto en su persona como en su vestimenta; sino que la veo como una niña desamparada, descuidada por sus padres, desechada, sin lavar, sin vestir, abandonada sin cuidados, y cubierta con su inmundicia y sangre. Ningún ojo se compadece de ella, ningún brazo acude a traerle la salvación. Pero el ojo del Señor Jesús mira a esa niña y, de inmediato, el amor brota de esa mirada, sus labios hablan y sus manos actúan. Él dice: “¡Vive!” y la indefensa criatura es atendida: Es nutrida; es ataviada con delicados vestidos; es alimentada, vestida, sostenida y embellecida por la hermosura de Aquel que la escogió al principio. Así es como el fuerte amor movió la gracia de Dios y la Iglesia descubrió que Cristo se entregó a Sí mismo por ella.

Sin embargo, no debo dejar este punto sin recordarles qué clase de amor es el que Jesucristo da a esta Iglesia. Perciban que es el amor de un esposo. Ahora bien, el amor de un esposo es *especial*. Aquellos caballeros que piensan que Cristo no amó a la Iglesia más de lo que amó al resto del mundo, deben tener una idea muy [extraña] de cómo un esposo debe amar a su esposa porque dice: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia”. ¡Sin duda, un esposo debe amar a su esposa más que a otras personas! Por lo tanto, Cristo abriga por la Iglesia un afecto especial, particular, que está puesto en ella más que en el resto de

la humanidad. El Señor ha colocado a su Iglesia tan por encima del resto del mundo, como ha fijado su propio trono por encima de los reyes y príncipes de esta tierra inferior; y llegará el día en que ella, “hermosa como la luna, esclarecida como el sol, imponente como ejércitos en orden” (Cnt. 6:10), será reconocida como la favorita del cielo, el tesoro peculiar de Cristo —sus galas, la corona de su cabeza, el brazalet de su brazo, la coraza de su corazón, el centro mismo y el núcleo de su propio amor—. No dudemos de esta verdad, pues es sumamente preciosa. Busquemos la miel de ella y creamos que Cristo ama a la Iglesia con un amor especial.

Además, un esposo ama a su esposa con un amor *constante* y lo mismo, Cristo a su Iglesia. Él no la desechará mañana habiéndola amado hoy. Él no varía en su afecto. Él puede cambiar sus demostraciones de afecto, pero el afecto en sí, sigue siendo el mismo. Un esposo ama a su esposa con un amor *perdurable*; nunca se extinguirá. Él dice: ‘Te amaré hasta que la muerte nos separe’; pero Cristo no permitirá que ni siquiera la muerte separe a su pueblo de su amor. Nada “nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro. 8:39). Un esposo ama a su esposa con un amor *sincero*, con un amor verdadero e intenso. No es mera palabrería. No se limita a hablar, sino que actúa; está dispuesto a proveer para sus necesidades; defenderá su carácter; vindicará su honor (porque su corazón está puesto en ella! No es sólo con los ojos que se deleita, ahora y entonces, en contemplarla, sino que su alma la tiene constantemente en su memoria: Ella tiene una mansión en su corazón de donde nunca puede ser apartada. Ella ha llegado a ser una parte de él mismo; ella es un miembro de su cuerpo; ella es parte de su carne y de sus huesos; y así es la Iglesia para Cristo para siempre, una esposa eterna...

Ahora dejemos este punto, sólo recordándoles de nuevo, que esta iglesia es sólo una iglesia de Cristo porque Él la creó así. Ella no tenía ningún título o derecho a su afecto; Él la amó porque escogió hacerlo y habiéndola amado una vez, Él nunca se divorciará de ella: Ella será suya, por los siglos de los siglos.

Tomado de un sermón predicado el domingo en la mañana del 7 de mayo de 1865, en el Tabernáculo Metropolitano, Newington.

Charles H. Spurgeon (1834-1892): Influyente predicador bautista inglés; nacido en Kelvedon, Essex, Inglaterra, Reino Unido.



LA ORACIÓN DE UN ESPOSO

George Swinnock (1627-1673)

RUEGO que mi amor por mi esposa sea como el de Cristo por su Iglesia, tanto en su bondad como en su grandeza; quiero decir, que mi principal empeño sea que ella sea santificada y purificada y que, al final, sea presentada al bendito y hermoso esposo, una esposa llena de gracia y gloria, sin mancha ni arruga ni cosa semejante.

¡Oh, con cuánta diligencia se esforzó mi Redentor por renovar y santificar su Iglesia! ¡Con cuánto afecto le suplica que sea santa! ¡Con cuánto fervor le ruega a su Padre que la santifique! ¡Con cuánta disposición abrió su corazón y derramó su sangre para purificarla de su falta de santidad! ¡Con cuánta abundancia derramó su Espíritu para obrar en ella la santidad! Su nacimiento fue para que ella naciera de nuevo y naciera santa; su vida fue para darle a ella un modelo de santidad; su muerte fue para comprar para ella un nuevo legado de santidad. Se entregó a Sí mismo por ella para redimirla de toda iniquidad y purificar para Sí un pueblo propio, celoso de buenas obras. Sus preceptos, sus oraciones, sus lágrimas, su sangre, su nacimiento, su vida, su muerte, su resurrección, su intercesión son todos para su santidad y pureza. Su nombre es Jesús porque Él salva a su pueblo, no en sus pecados y falta de santidad, sino de ellos. Él no se considera a Sí mismo [completo] hasta que su cuerpo [la Iglesia] esté en el cielo.

Oh, alma mía, ¿cuándo imitarás este hermoso y vívido ejemplo, y te esforzarás en tus peticiones a Dios, y en tus convicciones, cortejarás con ahínco a tu esposa para que sea pura? ¿No te duele el corazón al pensar que el objeto de tu amor y favor más querido, sea el objeto del mayor odio y furor de Dios? ¿Que la compañera de tu juventud, que ha yacido en tu seno, a quien tantas veces has abrazado, sea compañera de espantosos demonios y yazca en el lago de fuego y azufre por los siglos de los siglos? ¿Puedes ver a tu esposa avanzar por el camino de la perdición, precipitándose al infierno, y no advertirle nunca de su peligro, ni preguntarle por qué lo hace? ¿Es ésta tu bondad para con tu amiga? Ah, ¿dónde [está tu corazón]?

Señor, puesto que me has llamado a ser la cabeza, ayúdame a guiar y dirigir, a ver y a hablar, tanto a tu Majestad con humildes súplicas, como

a ella en sinceras y serias expostulaciones¹ para que yo pueda ser ministerialmente, lo que Tu Hijo es meritoriamente —el salvador de mi cuerpo—. He encontrado un costoso banquete en la familia de mi Padre; la casa no está muy llena, todavía hay lugar. No faltan sino los que vienen y la compañía, y ¿permitiré que alguien tan cercano a mí se muera de hambre por falta de conocimiento de dónde se puede encontrar [alimento]? ¡Oh, que tu bondad hacia mí me convenza y que tu bondad hacia ella me capacite para prevalecer para que ella pueda saborear y ver que Tú eres misericordioso!

Deseo poder dar, naturalmente, la miel de la dulzura y del amor, pero cuando me provoque el pecado contra Dios, el aguijón de la reprensión para poder soportar a mi esposa en todo, menos en la maldad. Si alimento sus enfermedades naturales, mataré su cuerpo. Si acaricio sus dolencias² espirituales, condenaré su alma. ¿Y acaso, por un maldito cariño, la lisonjearé para que caiga en el fuego inextinguible? Señor, haz que no sólo pase por alto sus debilidades y las oculte a los ojos del mundo, sino que también observe cualquier maldad de la que ella sea culpable y la ponga en orden ante sus ojos para que Tú puedas echarla “tras tus espaldas³” (Is. 38:17). Sí, Señor, ayúdame a escuchar todos sus santos consejos y a escucharte hablar a través de ella, así como a desear que ella me escuche; pero que nunca me someta a ningún consejo malvado, no sea que al final me juzgues, como juzgaste a Adán al principio, por escuchar la voz de mi esposa.

Deseo no ser como algunos esposos que viven con sus esposas como bestias, sin entender nada en el matrimonio, más que el significado de los deseos carnales y el lenguaje de la lujuria, y que tratan peor a las esposas de su corazón que a sus bestias y les niegan lo que es conveniente para su bienestar exterior; sino que, tanto mi persona como mi porción, sean para su confort en la salud, para su cordial⁴ en la enfermedad y [que sean] empleadas en todas las ocasiones, aunque no para consentir su orgullo ni para alimentar ningún pecado, sino de manera moderada para su servicio.

Cuando mi Dios se dio a Sí mismo a mi alma, me dio también todo lo que tenía y nada le pareció demasiado para mí. ¿Y acaso yo que me he dado totalmente a ella, consideraré como demasiado darle todo el bien ahora? Si ella trajo una porción, ¿qué ha sido de ella? ¿Acaso fue puesta para comprar su miseria y pobreza? Si no lo hizo, aun así, es mi esposa y,

¹ **Expostulaciones** – Expresiones de fuerte desaprobación o desacuerdo.

² **Dolencias** – Enfermedades; mala salud.

³ **Tras sus espaldas** – Olvidar sus pecados.

⁴ **Cordial** – Medicina.

tanto la naturaleza como las Escrituras, me ordenan que le permita ser partícipe de mi riqueza de acuerdo a sus [necesidades]. Oh, que yo pudiera ser como Elcana para Ana, mejor para ella que diez hijos, que todos los parientes. Señor, mientras viva, hazme tan cariñoso y laborioso que más bien me falte a mí que a mi esposa. Que nunca le falte a su cuerpo alimento y vestido, ni a su alma el banquete del Evangelio, ni las vestiduras de la justicia de tu Hijo. Y cuando yo muera, a quienquiera que yo descuide, si por tu providencia puedo, permíteme hacer para ella una comfortable provisión para que cuando yo esté feliz en el cielo, mi otra mitad no sea miserable en la tierra por mi indignidad. Si es tu voluntad que yo muera pobre —pues mi porción, por gracia infinita, no está en esta vida— entonces que tu Majestad me conceda esta misericordia: Que yo pueda dejar a mis hijos huérfanos contigo y decirle a mi viuda que confíe en Ti. No se enoje mi Señor y hablaré más en favor de ella. En cualquier situación en que yo deje este mundo, permíteme dejar a mi esposa, la pobre o, más bien, la rica porción del levita para que, aunque ella no tenga parte o herencia aquí abajo (Nm. 18:20), sin embargo, Tú mismo seas la porción de su copa y la parte de su herencia. Oh, entonces las cuerdas caerán en ella en lugares deleitosos (Sal. 16:6) y ella tendrá una buena herencia.

He aquí, he asumido la responsabilidad de hablar con el Señor, yo que no soy más que polvo y ceniza. No se enoje mi Señor y hablaré sólo esta vez: Adórname con la gracia adecuada a esta relación como un novio se engalana con ornamentos para que cuando deje de ser un esposo, pueda saber lo que es ser la novia, la esposa del Cordero (Os. 2:19), no como lo hago en esta condición imperfecta, donde sólo me has desposado contigo en justicia y juicio, y en amorosa bondad y en misericordia, y así, mientras estoy presente en el cuerpo, estoy ausente del Señor; pero en el grado más alto, en ese lugar donde Tú me desposarás contigo para siempre. Bésame con los más dulces besos de tus labios, acógeme toda la noche en tu pecho donde está la voz de gozo y la voz de alegría, voz del verdadero desposado y voz de la verdadera desposada; donde está la voz de los que dicen y cantan: “Alabad a Jehová de los ejércitos, porque Jehová es bueno, porque para siempre es su misericordia” (Jer. 33:11). Amén.

Tomado de Las obras de George Swinnock (*The Works of George Swinnock*), vol. 1 (Edinburgh; London; Dublin: James Nichol, James Nisbet and Co.; G. Herbert, 1868), 497-502, de dominio público.

George Swinnock (1627-1673): Predicador puritano educado en Cambridge y Oxford; nacido en Maidstone, Kent, Inglaterra, Reino Unido.

